

74

Noviembre de 2008

La insurgencia en el noroccidente

INTRODUCCIÓN

Jaime Olveda

JAIME OLVEDA

*La historiografía independentista
del noroccidente de México*

JOSÉ LUIS SILVA MORENO

*El clero de Colima frente a
la guerra de independencia*

PEDRO LUNA JIMÉNEZ

*El suministro de San Blas
a Acapulco, 1811-1813*

WALTER O. ARIAS ESTRADA

*La compañía de voluntarios
de Cataluña en la Nueva España*

74

J ESTUDIOS ALISCIENSES S

Revista trimestral de El Colegio de Jalisco

DIRECTOR:

Agustín Vaca García

EDITORES:

José María Muriá Rouret, Jaime Olveda Legaspi, Angélica Peregrina Vázquez

APOYO TÉCNICO: Imelda Gutiérrez

CONSEJO EDITORIAL

Juan Manuel Durán (Universidad de Guadalajara); Claudi Esteva Fabregat
(El Colegio de Jalisco); Enrique Florescano (CONACULTA);

Jean Franco (Universidad de Montpellier); Antoni Furió (Universidad de
Valencia); Maryse Gachie-Pineda (Universidad de Tours); Moisés González Navarro
(El Colegio de México); Salomó Marqués (Universidad de Girona);

Eugenia Meyer (Universidad Nacional

Autónoma de México); Pedro Tomé (CSIC-España)

COORDINADOR DE ESTE NÚMERO: Jaime Olveda

Noviembre 2008

La insurgencia en el noroccidente

INTRODUCCIÓN

Jaime Olveda 3

JAIME OLVEDA

*La historiografía independentista del
noroccidente de México* 5

JOSÉ LUIS SILVA MORENO

*El clero de Colima frente a
la guerra de independencia* 21

PEDRO LUNA JIMÉNEZ

*El suministro de San Blas a
Acapulco, 1811-1813* 37

WALTER O. ARIAS ESTRADA

*La compañía de voluntarios de
Cataluña en la Nueva España.* 53

Asociados Numerarios de El Colegio de Jalisco:

- Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
- Gobierno del Estado de Jalisco
- Universidad de Guadalajara
- Instituto Nacional de Antropología e Historia
- Ayuntamiento de Zapopan
- Ayuntamiento de Guadalajara
- El Colegio de México, A.C.
- El Colegio de Michoacán, A.C.
- Subsecretaría de Educación Superior-SEP

Estudios Jaliscienses

La responsabilidad de los artículos es estrictamente personal de los autores. Son ajenas a ella, en consecuencia, tanto la revista como la institución que la patrocina.



EL COLEGIO
de
JALISCO

El Colegio de Jalisco
5 de Mayo 321
45100 Zapopan, Jalisco
México
www.coljal.edu.mx

ISSN 1870-8331. Número de reserva 04-2006-072510563300-102 otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor.

Certificado de licitud de título No. 13623 y de licitud de contenido No. 11196, otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación.

Se terminó de imprimir el 30 de septiembre de 2008
en Grupo Gráfico Consultor, S.C.
Enrique Díaz de León No. 13, Col. Centro, CP 44200, Guadalajara, Jalisco.

Introducción

La proximidad del bicentenario del inicio de las guerras que culminaron con la independencia de la Nueva España de la metrópoli española ha comprometido a todas las instituciones dedicadas a la investigación histórica a emprender nuevos estudios que, aparte de someter a un examen riguroso lo que se ha escrito al respecto, aporten nuevos conocimientos que permitan entender mejor la complejidad de este proceso histórico. De manera paralela, los especialistas también se están dedicando a rescatar y a recopilar documentos relativos a la insurgencia. Desde hace unos cinco años, aproximadamente, ya han tenido lugar numerosas reuniones académicas en las que se han estado discutiendo nuevas tesis e hipótesis que desmitifican mucho de lo que sostiene la historiografía tradicional. En este contexto, El Colegio de Jalisco realizó en septiembre del año pasado un coloquio sobre este tema y el de la Revolución de 1910, cuyos trabajos pronto aparecerán publicados, y su intención es continuar con estos encuentros hasta el 2010.

Aparte de estos coloquios, El Colegio organizó en los viernes del mes de septiembre de este año cuatro “charlas sobre la guerra de independencia” dirigidas al público en general, con el propósito de dar a conocer las últimas conclusiones a las que han llegado los especialistas en este periodo histórico. También nuestra institución proyectó dedicar el número de la revista *Estudios Jaliscienses* correspondiente al mes de noviembre al tema de la insurgencia en la región occidental de México, cuyos artículos fueron elaborados por académicos ya consolidados y reconocidos.

En el primer artículo se pone a disposición del lector un análisis de la historiografía independentista del noroccidente, en el que se destaca la enorme influencia que ejerció el enfoque romántico-nacionalista en los historiadores locales quienes, apegados a esta corriente que heredaron de la historiografía del siglo xix, explicaron la insurgencia en función de los grandes caudillos, a los que adjudicaron virtudes y cualidades extraordinarias. En los libros que se publicaron entre 1910 –año del primer centenario– y los principios de la década de los setenta del siglo xx, los autores exaltaron todas las acciones militares en las que participaron los líderes principales, presentándolas como gestas

heroicas y desprovistas de intereses particulares. En el texto se mencionan también las obras que empezaron a replantear y a sustituir las explicaciones tradicionales.

José Luís Silva Moreno, autor del segundo artículo, aborda un tema que no ha dejado de llamar la atención de los lectores, los estudiantes y los mismos historiadores: la participación del clero en la insurgencia y en la contra-insurgencia. Al analizar únicamente la región de Colima, Silva Moreno explica las razones por las cuales los clérigos se afiliaron a cualquiera de los dos bandos, pero aclara también que hubo sacerdotes que colaboraron y respaldaron, al mismo tiempo, a los realistas y a los insurgentes. Un aspecto al que le dedica una atención especial es a la correspondencia que mantuvo el obispo Juan Cruz Ruiz de Cabañas con los párrocos de Colima en la que les ordenaba persuadir a los fieles a no apoyar la rebelión. Analiza los casos especiales de los curas José Ignacio Bravo, Francisco Ramírez de Oliva y de José María Jerónimo de Arzac.

Pedro Luna Jiménez, investigador de la Universidad Autónoma de Nayarit, presenta un estudio sobre el papel tan importante que desempeñó San Blas en los años de la insurgencia como proveedor de armas, bastimentos y dinero al puerto de Acapulco, sobre todo durante el bloqueo que impuso José María Morelos. Menciona, al mismo tiempo, los graves problemas que tenían que resolver las autoridades navales y el comandante militar de Guadalajara, José de la Cruz, para que las embarcaciones pudieran llegar al fuerte de San Diego con los auxilios que demandaban los destacamentos realistas sitiados por los insurgentes.

En el último de los artículos, cuyo autor es Walter Arias, se aborda un tema poco estudiado, el de la Compañía de Voluntarios de Cataluña, un destacamento militar que fue enviado a proteger la frontera norte del virreinato. Arias explica su origen, su organización interna y su traslado del septentrión a la parte central del virreinato poco antes de que iniciara la rebelión de Hidalgo.

Los cuatro artículos aportan nuevos conocimientos y reflexiones que permiten ampliar la idea de cómo se desarrollaron las guerras que se iniciaron en septiembre de 1810 en la región noroccidental, las cuales concluyeron con la consumación de la independencia.

Jaime Olveda

La historiografía independentista del noroccidente de México

Jaime Olveda
El Colegio de Jalisco

La historiografía clásica o tradicional

Para conmemorar el primer centenario del inicio de la rebelión que encabezó Miguel Hidalgo, el gobierno jalisciense publicó la *Historia particular del estado de Jalisco*, de Luis Pérez Verdía, en tres volúmenes. Este historiador local obtuvo un gran reconocimiento por haber sido el primero en escribir una historia general de esta entidad federativa, desde los tiempos prehispánicos hasta el ocaso del Porfiriato. De 1910 a principios de la década de los ochenta, su obra fue la fuente principal a la que se recurrió para conocer el pasado histórico de este estado.

Como otras ciudades del noroccidente mexicano no fueron escenarios principales de la guerra independentista y el impacto que tuvo fue menor que en otras partes, los historiadores no prepararon nada especial para festejar el primer centenario, a excepción de Aguascalientes, donde se editó un folleto de corta extensión con el título de *El movimiento de independencia en Aguascalientes*,¹ y de Colima, donde José María Rodríguez Castellanos publicó, en 1911, la obra *Colima y la guerra de independencia*, bajo los auspicios del gobierno estatal.

Pérez Verdía también tuvo el mérito de haber sido el primer historiador jalisciense en ocuparse de la insurgencia. En 1876, cuando tenía escasos 19 años de

1. Este impreso se localiza en la *Miscelánea* 256 de la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco.

2. Ernesto de la Torre Villar. *La inteligencia libertadora. Esbozos y escorzos de don Miguel Hidalgo*. México: UNAM, 2004, p. 27.

3. Pérez Verdía, *op. cit.*, p. 17.

edad, sacó a la luz pública los *Apuntes históricos sobre la guerra de independencia en Jalisco*, los cuales adolecen de “algunos errores” que posteriormente él mismo identificó y corrigió cuando preparó la *Historia particular*. Como todos los autores de esa época en estos dos trabajos relató la guerra insurgente conforme a los cánones de la historiografía clásica o tradicional que impulsaron fray Servando Teresa de Mier, José María Luis Mora, Carlos María de Bustamante, Lorenzo de Zavala y otros historiadores decimonónicos. Tanto ellos como los primeros dirigentes de la República fueron participantes o testigos presenciales de la guerra de independencia y, por lo mismo, mostraron su profunda gratitud hacia los iniciadores de esta rebelión, perpetuaron su memoria y los proyectaron como los fundadores de la nación mexicana.² Además, vieron en este levantamiento un proceso revolucionario, en el que el cambio o la transformación lo determinaba simple y sencillamente la oposición al régimen colonial.

Herederero de esa vieja tradición, el autor de la *Historia particular del estado de Jalisco* vio en esta insurrección una negación del orden colonial y el alumbramiento del México independiente. Su narrativa es muy descriptiva y su enfoque es romántico-nacionalista. Conforme a esta pauta interpretativa, Hidalgo aparece como la figura central y el grito de Dolores como un levantamiento patriótico, maduro, justo y encaminado a lograr la independencia de una nación que ya existía desde antes de la llegada de los españoles, quienes, con la conquista, usurparon “la soberanía nacional”.³ Como tantos otros autores de ese tiempo, Pérez Verdía apuntó que el movimiento insurgente estuvo conducido por líderes extraordinarios, dotados de poderes y cualidades excepcionales, a quienes no les animaba otra cosa que ver a su patria libre de la opresión hispana.

Al igual que sus contemporáneos, consideró que la guerra de independencia había sido la reacción consciente de un pueblo entero o de una nación ya integrada que quiso liberarse de la explotación y la

humillación a la que estuvo sujeta durante 300 años. La madrugada del 16 de septiembre de 1810, “la voz de Hidalgo resonó en todos los ámbitos del país, [para despertar] de su letargo a un pueblo entero”. Sólo el cura de Dolores, recalca Pérez Verdía, “supo sembrar la fe en todos los corazones y dar el símbolo más preciso y perceptible de la revolución”: la Virgen de Guadalupe.⁴ En términos generales, describe con cierto detalle las acciones épicas o grandiosas que en esta primera fase emprendieron los cabecillas que asumieron la dirección del movimiento a nivel local. Así, la insurgencia en la región de Guadalajara la explica en función de los “actos heroicos” que realizaron José Antonio Torres, José María Mercado, el cura Calvillo, Marcos Castellanos y Pedro Moreno, quienes han sido objetos de sendas biografías apologeticas.

En 1875, un año antes de que Pérez Verdía escribiera los *Apuntes históricos*, Agustín Rivera publicó un libro con el título de *Viaje a las ruinas del fuerte del Sombrero* con el propósito de “recordar las hazañas de un hijo esclarecido” de Lagos –Pedro Moreno– y la defensa de esta fortaleza, a la que consideró como un “monumento inmortal del patriotismo”, pero su texto no alcanzó el éxito que logró el de Pérez Verdía. Con posterioridad, Mariano Azuela llegó a comentar que nunca antes un historiador había glorificado tanto a Moreno como el padre Rivera, quien lo admiraba tanto, que los homenajes que se le hacían a este insurgente en Lagos y en otras partes, los recibía como propios.⁵ Años más tarde, Alberto Santoscoy, contemporáneo de Pérez Verdía, continuaría con el gusto por la biografía, al escribir una semblanza de Epigmenio González.⁶

Como ocurrió en otras regiones de México, la historiografía independentista del noroccidente, aunque escasa, produjo la imagen de un Hidalgo bondadoso, paternalista, patriota, revolucionario y con el vigor suficiente para encabezar un levantamiento destinado a libertar a un pueblo oprimido. Esta representación

4. *Ibid.*, p. 25-26.

5. *El Padre Agustín Rivera*. México: Ediciones Botas, 1949, p. 93.

6. Se trata de “Don Epigmenio González. El patricio insurgente”, en *El Diario de Jalisco*. Guadalajara, 3 de octubre de 1889.

7. Al respecto puede verse Mario Aldana Rendón. *Independencia y nación*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1985.

8. *Vallarta en la Reforma*. Prólogo y selección de Moisés González Navarro. México: UNAM, 1979, p. 133.

9. Del primero, "Apuntes biográficos del doctor Francisco Severo Maldonado", publicado en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, núm. 3. México, 1911. Del segundo, *Francisco Severo Maldonado. Un pensador jalisciense del primer tercio del siglo XIX*. México: Polis, 1938.

del héroe íntegro, esforzado y desinteresado que difundieron los textos históricos fue reforzada por los discursos patrióticos que se pronunciaron en los aniversarios de la independencia a lo largo del siglo XIX para afianzar la nacionalidad.⁷ El que dijo Ignacio Luis Vallarta en Guadalajara el 16 de septiembre de 1855, por ejemplo, estuvo impregnado de frases patrióticas muy emotivas y, a veces, incendiarias. Su texto inicia de esta manera: "Hoy hace 45 años que, a la potente voz de un anciano ilustre, México se despertó del sueño de muerte en que dormía; y arrojando lejos de sí las cadenas que le mantenían en esclavitud y en opresión, marchó hasta colocarse en la categoría de las naciones independientes".⁸ Como podrá observarse en este y en otros discursos patrióticos, los oradores, además de exaltar la gesta insurgente, denigraron el periodo colonial, al que identificaron como una época de terror, de oscurantismo, de explotación y de esclavitud. Esa herencia historiográfica, precisamente, la retomaría José Clemente Orozco para pintar el mural del "Hidalgo incendiario" en la parte alta de la escalera principal del palacio de gobierno de Jalisco, en 1937.

Entre 1910 y 1953, año del bicentenario del natalicio de Hidalgo, el tema de la insurgencia prácticamente no se abordó, a excepción de dos trabajos sobre Francisco Severo Maldonado, uno de Juan B. Iguíniz y otro de Paulino Machorro Narváez.⁹ Al conmemorarse los 200 años del natalicio del iniciador de la insurgencia, la obra de Pérez Verdía ratificó su vigencia al reeditarse los *Apuntes históricos sobre la guerra de independencia en Jalisco* y la *Historia particular del estado de Jalisco*. Además, en los últimos días de noviembre y principios de diciembre de 1953, tuvo lugar en Guadalajara el IX Congreso Mexicano de Historia. En la 11ª Mesa de esta reunión se discutió el tema "La insurgencia desde nuestro tiempo", en la que participaron Alfonso García Ruiz, Francisco de la Maza, Juan Ortega y Medina, Moisés González Navarro, Daniel Cosío Villegas, Arturo Arnaiz y Freg, y Justino Fernández. Entre los historiadores locales que

asistieron hay que mencionar a José Ramírez Flores, Ricardo Lancaster Jones, Ricardo Delgado, José Toral Moreno, Ramiro Villaseñor Villaseñor y Leopoldo I. Orendáin.

En ese mismo año Luis Villoro publicó su libro *El proceso ideológico de la Revolución de independencia*, obra que empezó a modificar la idea que se tenía de este acontecimiento y de su iniciador. La formación empírica de los historiadores locales, y el apego que siempre tuvieron hacia los cánones de la historia tradicional, influyeron bastante para que los trabajos que siguieron elaborándose sobre el tema no tomaran en cuenta las aportaciones de Villoro y las de otros autores que en aquel tiempo reinterpretaron la insurgencia, apartándose de los viejos criterios. A partir de entonces, en los nuevos estudios que se publicaron en la ciudad de México y en otras partes del extranjero, la imagen de Hidalgo y la idea que se tenía de la independencia fueron cambiando poco a poco. En lugar de seguir presentándolo como un símbolo y un patriota ilustrado y revolucionario, el cura comenzó a ser proyectado como el portavoz de la conciencia popular y como un personaje más bien ligado a la tradición hispana, mientras que la insurrección que encabezó aparece en la nueva historiografía como un movimiento en contra de los españoles, pero no de España.

Al año siguiente (1954), Jesús Amaya Topete publicó su libro *Hidalgo en Jalisco*. Este autor fue el primero en ponderar la presencia del padre de la patria en la intendencia de Guadalajara, particularmente en la capital. En este trabajo comenzó a sobrevalorarse el alcance que tuvieron los acuerdos y los decretos que Hidalgo expidió en esta ciudad, los cuales han enorgullecido a los tapatíos: el que se refiere a la supresión del tributo que pagaban los indios y el que abolió la esclavitud. Amaya Topete y otros historiadores locales dan a entender que desde ese momento tuvieron una aplicación real y efectiva, y que a partir de entonces los negros y los indígenas mejoraron su situación. No menos importancia concedió este autor al hecho de que

10. Jesús Amaya Topete. *Hidalgo en Jalisco*. 2ª ed. Guadalajara: UNED, 1985, p. 42.

11. *Ibid.*, p. 9.

12. *Ibid.*, p. 51.

Guadalajara se hubiera convertido, de finales de noviembre de 1810 a mediados de enero de 1811, en “la cuna del primer gobierno nacional”, y que de su imprenta hubiera salido *El Despertador Americano*, el primer periódico insurgente.¹⁰

La descripción de Amaya Topete fue más apasionada y emotiva que la de Pérez Verdía. Su intención fue escribir un ensayo bio-histórico del cura de Dolores, lo más completo que se pudiera. Como todos los historiadores del siglo XIX y buena parte del XX, le adjudicó cualidades extraordinarias a Hidalgo y a otros líderes insurgentes, además de reconocerles el mérito de haber promovido un movimiento nacionalista y desprovisto de intereses particulares, que a lo mejor ni los mismos caudillos se lo imaginaron así, consistente, en palabras del propio Amaya Topete, en igualar “los derechos de todos los habitantes del vasto reino, lograr la independencia de éste y constituirlo en patria y madre amorosa para todos los nacidos en su suelo”. Tanto él, como el autor de la *Historia particular*, reconocieron que el objetivo principal de Hidalgo fue lograr la independencia absoluta de España. Al cura de Dolores lo ve como un hombre lleno de virtudes: trabajador infatigable, intelectual brillante, maestro destacado, filántropo y pastor ejemplar de almas, quien luego se convirtió en un “rayo incendiario y torrente arrasador”.¹¹ Tras de narrar con detalle los hechos ocurridos durante su estancia en Guadalajara, hizo un recuento de las pinturas y esculturas que los artistas mexicanos habían hecho hasta la fecha para representar a Hidalgo, aclarando, desde el principio, que seguía faltando un “verdadero retrato” porque los que existían no proyectaban la imagen real del héroe.¹²

Pérez Verdía y Amaya Topete, al igual que otros historiadores jaliscienses, ubicaron a Hidalgo dentro de un marco por demás revolucionario y renovador, en el que predominaban las ideas modernas supuestamente emanadas de la Revolución francesa, y no tomaron en cuenta el peso que ejercía entonces la tradición hispana en el pensamiento de todos los caudillos insurgentes.

La proyección que le empezaron a dar los autores jaliscienses a Guadalajara por haber acogido al cura de Dolores y porque aquí firmó los documentos más significativos de su rebelión, hizo que los historiadores de otros estados vecinos fueran al rescate de lo propio y destacaran los acontecimientos sobresalientes ocurridos en su localidad, para no quedarse atrás. En Tepic, por ejemplo, Antonio Garza Ruiz publicó una obra cuyo largo título fue *Don José María Mercado, jefe insurgente del Poniente. La toma de San Blas y la caballerosa y noble actitud del jefe realista Juan José de Lavayén. La traición del sacerdote Nicolás Santos Verdín*.

Junto al propósito de recalcar la importancia que tuvo la presencia de Hidalgo en Guadalajara, los historiadores locales también revaloraron las acciones de los curas Mercado y Calvillo, las de los rebeldes de la isla de Mezcala, las de Pedro Moreno en la región de Lagos,¹³ y las de Gordiano Guzmán en el sur de la Intendencia, a quien más tarde se le identificó más bien como un cacique regional.¹⁴

Entre 1960 y 1980, en veinte largos años, en Jalisco sólo se escribieron una biografía de José María González Hermosillo, dos de Pedro Moreno, tres de José María Mercado y otra de Francisco Severo Maldonado, cuyos autores continuaron aumentando y exaltando las cualidades y las proezas de cada uno de ellos.¹⁵ Sobre Sinaloa hubo dos trabajos pioneros que vale la pena mencionar: “La independencia en Sinaloa” de Antonio Nakayama,¹⁶ y *Apuntes para la historia de la guerra de independencia en el estado de Sinaloa*, publicados en 1967, de José G. Heredia. Son estudios muy cortos que refieren la manera en que José María González Hermosillo extendió el movimiento insurgente hasta Sonora durante la etapa de Hidalgo. Una de las ideas que difundieron estos trabajos y que se ha venido repitiendo es la que afirma que después de haber sido derrotado este cabecilla en San Ignacio Piaxtla, el 8 de febrero de 1811, la insurgencia terminó en lo que se conoció como las Provincias Internas de Occidente, lo cual es falso.

13. José Santana y Pedro Nicolás Padilla publicaron *Relación de la isla de Mezcala*. Guadalajara: Gobierno del Estado de Jalisco, 1959.
14. Sobre este cabecilla, véase Jaime Olveda. *Gordiano Guzmán: un cacique del siglo XIX*. México: SEP-INAH, 1980.
15. Jorge Gurriá Lacroix. “José María González Hermosillo”, en *Gaceta Municipal*, Guadalajara, Jalisco, octubre de 1954; José G. Zuno. *El sacrificio de D. Pedro Moreno*. Guadalajara: udeg, 1961; *Documentos referentes al insurgente Pedro Moreno*. Guadalajara: Comisión Diocesana de Historia del Arzobispado de Guadalajara, 1967; *Un tapatio en la revolución de independencia de México, José María Mercado*. Guadalajara: UNED, 1970; de Adalberto Navarro Hidalgo; “Algo sobre José María Mercado”, publicado en *El Informador* del 9 de julio de 1972 por José María Muriá; *José María Mercado, un insurgente tapatio*. Guadalajara, Ayuntamiento de Guadalajara, 1973, de Juan López; y *Francisco Severo Maldonado, el precursor*, México, UNAM, 1980, de Alfonso Noriega.
16. Publicado en Antonio Pompa y Pompa (dir.). *Estudios históricos de Sinaloa. Memorias y Revista del Congreso Mexicano de Historia*. México: Congreso Mexicano de Historia, 1960.

17. José Ramírez Flores, *El gobierno insurgente en Guadalajara, 1810-1811*. 2ª ed. Guadalajara: UNED, 1980, p. 12.

Otro de los representantes de esta generación de historiadores que escribió de acuerdo con los enfoques clásicos fue José Ramírez Flores, autor de *El gobierno insurgente en Guadalajara, 1810-1811*, quien, al igual que los anteriores, refiere la ocupación de Guadalajara por parte del ejército que dirigía el “Amo” Torres y lo que aconteció cuando Hidalgo estuvo en esta ciudad. Esta obra fue publicada, por primera vez, en 1969. El personaje central de este estudio fue José Antonio Torres, “patriota, campesino humilde, trabajador, honrado y valiente”, quien al tener noticia de la insurrección de Hidalgo, “quedó convencido de la justicia de la causa, decidiéndose desde luego a sostenerla”.¹⁷

Por último hay que agregar la obra de Enrique Cárdenas de la Peña, *Semblanza marítima del México independiente y revolucionario*, publicada en 1970 en dos volúmenes. En una parte del tomo primero, el autor describe la resistencia que ofrecieron los indígenas de la isla de Mezcala, acaudillados por Marcos Castellanos, ministro de la parroquia de Ocotlán. En el segundo, incluye una cronología de los hechos más importantes ocurridos entre el 3 de octubre de 1810 y el 13 de diciembre de 1821.

Los rasgos esenciales que definen a esta historiografía tradicional que mantuvo su predominio hasta principios de la década de los setenta del siglo xx son: la preeminencia que tuvo el aspecto militar por encima de lo económico, lo social y lo político; la importancia que los historiadores concedieron al periodo de Hidalgo; el descuido en que quedaron las otras fases de la guerra; el encapsulamiento de los estudios regionales; y, finalmente, el carácter descriptivo, anecdótico, reverencial y apologético de la narrativa.

Entre la vieja y la nueva historiografía

En Guadalajara, los enfoques históricos tradicionales comenzaron a sustituirse cuando se fundaron los

primeros centros de investigación. A finales de 1972, el INAH creó el Centro Regional de Occidente en esta ciudad y, tres años después, la Universidad de Guadalajara fundó el Instituto de Estudios Sociales. Aunque al principio ambos contaron con pocos investigadores profesionales, los estudios regionales que se emprendieron fueron modificando y enriqueciendo la visión que se tenía del pasado histórico. Como entonces había mucho qué hacer, y más que los temas específicos se imponían los de carácter general a fin de tener una idea más amplia de todos los periodos, la guerra de independencia no fue de los privilegiados. Sin embargo, las aportaciones que hicieron los investigadores de las dos instituciones repercutieron directa o indirectamente sobre el tema.

Un estudio que comenzó a desmitificar la guerra insurgente a nivel regional y a mostrar los diversos motivos por los cuales los campesinos se levantaron en armas, luego de que Hidalgo inició su levantamiento, fue el de *Gordiano Guzmán: un cacique del siglo XIX*, en el que traté de explicar el caso típico de un mulato analfabeta nacido en el sur de la intendencia de Guadalajara, quien acaudilló a un grupo de peones de la hacienda Contla, ubicada en la jurisdicción de Tamazula, para volcarse, primeramente, contra los propietarios de esta finca y, en seguida, contra el orden establecido y el gobierno colonial. Se mencionan las alianzas que concertó con los indios, la forma como fue adquiriendo poder y reconocimiento local, sus vínculos con Morelos, Guerrero y Juan Álvarez, y de qué manera fue sometiendo y sustrayendo la región del sur del control del gobierno colonial y, más tarde, del nacional. Otros temas abordados son las distintas actitudes que asumieron los indígenas y otros grupos de campesinos frente a la insurrección, la leva, la composición social de las cuadrillas de rebeldes, la represión, el robo y el saqueo practicado tanto por los realistas como por los insurgentes.

Otro trabajo digno de tomarse en cuenta es el de Ernesto Lemoine que, con el título de “La insurgencia

18. Publicado en *Jornadas de Historia de Occidente. Movimientos populares en el occidente de México. Siglos XIX y XX*. Jiquilpan: Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas”, A.C., 1981, p. 9-16.

19. *Ibid.*, p. 14.

20. Publicado en la primera revista de El Colegio de Jalisco: *Encuentro*, v. I, núm. 3, abril-junio de 1984.

en el Nayar”, presentó en 1980 en las III Jornadas de Historia de Occidente que anualmente se llevan a cabo en el Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas”, en Jiquilpan, Michoacán.¹⁸ En este artículo, Lemoine llama la atención sobre dos cuestiones que ayudan a comprender la naturaleza de los movimientos insurgentes que surgieron en lo que hoy es el estado de Nayarit: la propensión histórica de los indígenas hacia la rebeldía, manifiesta desde los tiempos de Nuño de Guzmán, y sus ancestrales creencias religiosas relativas a la llegada de un mesías o salvador providencial que les restituiría la libertad perdida. En estas dos consideraciones se apoyó para explicar el legendario y misterioso levantamiento del indio Mariano en el año de 1801.¹⁹

No obstante las nuevas aportaciones, las obras de Pérez Verdía, Amaya Topete y Ramírez Flores continuaron ejerciendo una poderosa influencia en la siguiente generación de historiadores locales. José Luis Razo Zaragoza reforzaría este enfoque al preparar *Testimonios y testimoniales. Hidalgo, el hombre* (1982), y Juan López Jiménez al publicar en 1984, en dos volúmenes, *La insurgencia en la Nueva Galicia en algunos documentos*. El material que aquí se incluye son los textos que sobre la Nueva Galicia compiló Juan E. Hernández y Dávalos en la *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México, 1808-1821*.

En 1984 William B. Taylor publicó un artículo muy propositivo y novedoso con el título de “Bandolerismo e insurgencia en el centro de Jalisco”,²⁰ en el que analizó la dimensión que alcanzó el descontento campesino y la proliferación de gavillas de salteadores a partir de 1780 en la parte central de la Nueva Galicia, con base en los expedientes del archivo judicial. Algunas de las conclusiones a las que llegó Taylor son: que la relación entre el aumento de la criminalidad y el crecimiento urbano de Guadalajara fue muy estrecha; que antes del inicio de la insurgencia los grupos de bandoleros estuvieron mal organizados;

que la mayoría de los pueblos de indios se inclinaba más a favor de los bandidos que de los funcionarios encargados de impartir la justicia; y que a partir de 1810 los bandoleros se multiplicaron, mejoraron su organización, operaron abiertamente y se confundieron con los insurgentes.

En 1985, en ocasión del 175 aniversario del inicio de la insurgencia, aparecieron siete trabajos sobre este tema pero todavía con un enfoque tradicional, a pesar de las aportaciones de Villoro, Hugh M. Hamill, Taylor y otros estudiosos. Juan López Jiménez preparó *La rebelión del indio Mariano. Un movimiento insurgente en la Nueva Galicia en 1801, y documentos procesales*; Salvador Gutiérrez Contreras, historiador de Tepic, publicó *José María Mercado: héroe de nuestra independencia*; José María Muriá, Cándido Galván y Angélica Peregrina, prepararon un breve ensayo titulado *La independencia en la Nueva Galicia*, el cual incluye una lista de los insurgentes que combatieron en la intendencia de Guadalajara; Carmen Castañeda fue la autora de *Don Miguel Hidalgo y don José Antonio Torres en Guadalajara*; Álvaro Ochoa, investigador de El Colegio de Michoacán, sacó a la luz pública dos trabajos: *Indulto y absolución del jefe rebelde Marcos Castellanos y Los insurgentes de Mezcala*; Mario Aldana, por su parte, recopiló algunos de los discursos patrióticos que se pronunciaron en los aniversarios de la independencia en la centuria decimonónica para integrar un volumen que tituló *Independencia y nación: discursos jaliscienses del siglo XIX, 1841-1871*, y la Cámara de Comercio de Guadalajara patrocinó la edición de otro libro que compiló también algunos de los discursos patrióticos: *A la memoria de los héroes de la independencia*.

En términos generales, estos trabajos siguieron girando en torno a las acciones militares de las grandes figuras y, salvo los textos de Castañeda, Ochoa y Aldana, los demás no aportaron nada novedoso, porque los autores siguieron apegados a las pautas interpretativas tradicionales y porque no consultaron

nuevas fuentes ni plantearon hipótesis sugerentes. Además, seis de esos siete trabajos siguieron privilegiando la etapa de Hidalgo, y muy poca importancia concedieron a lo acontecido durante los periodos en que Morelos y Guerrero fueron los conductores del movimiento insurgente, seguramente porque ninguno de los dos pisó tierras tapatías. Por otra parte, vale la pena mencionar que así como la mayoría de los autores de las historias generales de la guerra de independencia hasta muy recientemente no tomó en cuenta lo “regional”, los historiadores locales también menospreciaron el contexto general, de tal suerte que los estudios regionales aparecen encapsulados y desconectados del marco global.

En ese mismo año publiqué un artículo que lleva por título “Los movimientos insurgentes de la Nueva Galicia”,²¹ en el que traté de explicar que cada uno de los grupos rebeldes tuvo su propia composición social, una organización interna y objetivos diferentes, y que la forma como llevaron a cabo su lucha dependió del origen social de cada caudillo y de su particular punto de vista; en otras palabras: traté de demostrar que la acción de los grupos insurgentes fue más violenta y destructiva cuando estuvieron encabezados por indios o mulatos que por criollos o mestizos, debido a que pertenecían a sectores con más resentimiento social y porque aprovecharon la guerra para resolver diferentes problemas o para vengar afrentas, agravios, atropellos y otras injusticias.

En 1986 salió un libro rezagado que debió aparecer un año antes, o sea, cuando se conmemoró el 175 aniversario del inicio de la insurgencia. Se trata de un texto de pequeñas dimensiones que lleva el título de *La guerra de independencia en Jalisco*, preparado por un grupo de historiadores no profesionales, el cual agrupa cinco ensayos, la mayoría de ellos biográficos, cuyos autores, por haberse apoyado exclusivamente en fuentes bibliográficas de muy atrás, repitieron lo que ya venía diciéndose desde los tiempos de Pérez Verdía.²² Más tarde, en 1989, José Luis Razo Zaragoza

21. Publicado en *Encuentro*. Guadalajara: El Colegio de Jalisco, julio-septiembre, 1985, v. II, núm. 4.

22. “El Amo José Antonio Torres”, de Federico Munguía; “El sitio del Fuerte del Sombrero”, de Pedro Vargas Ávalos; “José María Mercado, héroe de nuestra independencia”, de Salvador Gutiérrez Contreras; “El padre Calvillo, un insurgente de la zona del Norte”, de Luis Sandoval Godoy; y “La batalla del puente de Calderón”, de Jesús Sánchez Carrillo. El libro fue publicado en Guadalajara por la UNED en 1985.

reeditó los siete números de *El Despertador Americano* con una breve introducción, en la que tampoco se puede encontrar nada novedoso. Justo en este momento apareció el libro de Eric Van Young, *La ciudad y el campo en el México del siglo XVIII. La economía rural de la región de Guadalajara, 1675-1820*. Una de las tesis centrales que maneja este autor consiste en que el crecimiento de la población urbana impulsó el desarrollo de la agricultura comercial en la zona abastecedora de esta capital en vísperas del levantamiento de Hidalgo. Además, Van Young sostiene que el incremento demográfico en el campo provocó que a finales del siglo XVIII hubiera una mayor presión sobre la tierra, lo que intensificó la gravedad de los problemas agrarios. Estas aportaciones fueron muy útiles para explicar por qué los indios de estas zonas se incorporaron a la insurgencia.

Desde el punto de vista historiográfico, la década de los noventa del siglo XX fue de suma importancia por la aparición de varios estudios que hicieron aportes sustantivos para la historia de Jalisco y, en particular, para la guerra independentista. En 1990 apareció un libro fundamental que abordó la insurgencia desde el punto de vista moderno: *Raíces de la insurgencia en México: historia regional, 1750-1824*, de Brian R. Hamnett, en el que analiza los casos particulares de Zacatecas, San Luis Potosí, Guadalajara, los Llanos de Apan, el sur de Morelos, Puebla, Oaxaca y Guanajuato. Una de las ideas centrales que desarrolla este autor consiste en demostrar que al estallar el movimiento insurgente, cada una de estas intendencias atravesaba por una situación distinta. Al explicar el caso de Guadalajara, retoma la conclusión a la que llegó Eric Van Young, en el sentido de que el desarrollo de la agricultura comercial y el aumento de la población indígena provocaron en algunas zonas mayor presión sobre la tierra y deterioraron las prácticas tradicionales, para afirmar que fue justamente la penetración del capital mercantil lo que orilló a los pueblos de indios afectados a participar en la insurgencia. O sea, que los

23. El primer artículo fue publicado en Alicia Hernández Chávez y Manuel Miño Grijalva (coords.), *Cincuenta años de historia en México*. México: El Colegio de México, 1991, v. 2, pp. 39-68; el segundo en *Eslabones*, México, núm. 4, diciembre de 1992, p. 63-69; el tercero en *Libros de México*, México, núm. 38, enero-marzo de 1995, p. 25-34.

focos de insurrección habrá que buscarlos en las zonas donde se extendió la agricultura comercial.

En 1991, Carmen Castañeda comenzó a explorar una nueva veta: la historia cultural. Los trabajos que publicó a partir de ese año, como “Los usos del libro en Guadalajara, 1793-1821”, “La imprenta y la cultura popular en Guadalajara en la época colonial tardía” (1992) y “Cuando los libros y la imprenta llegan a Guadalajara” (1995), permitieron conocer no solamente el material que leía la élite ilustrada en las postrimerías del virreinato, sino el nivel de alfabetización, la difusión de la lectura, los lectores, las bibliotecas públicas y privadas, y la cultura política predominante en vísperas del inicio de la rebelión de Hidalgo.²³ A su vez, mi libro *La Oligarquía de Guadalajara* (1991) permitió conocer la composición interna de la élite tapatía y la actitud que asumió durante la insurgencia, así como los beneficios que redituó la llegada de la nao de China y el arribo de los “panameños” al puerto de San Blas, tras el bloqueo que impuso Morelos a Acapulco. En 1992, Brian Connaughton dio a conocer su libro *Ideología y sociedad en Guadalajara*, en el que analizó el pensamiento y las ideas clericales de fines del periodo colonial y principios del independiente; pero, sobre todo, las tensiones, desacuerdos y contradicciones que hubo al interior del clero durante la guerra de independencia.

Las aportaciones de Taylor, Van Young, Hamnett, Jaime E. Rodríguez y otros académicos no han logrado modificar la idea tradicional de la independencia fuera del ámbito académico. Buena parte de lo producido en los últimos diez años sigue impregnada del sabor tradicional; además, continúa el empecinamiento de rescatar a personajes olvidados, a quienes por ingratitud no se les ha hecho justicia, porque aún no tienen un monumento o su nombre no está inscrito en el palacio legislativo o en las placas que se colocan en cada una de las calles de los pueblos y ciudades. Dos de estos trabajos reivindicativos son el de José Trinidad Padilla Lozano, *Historia del Mariscal de Campo don José*

María González Hermosillo, *orgullo de Jalostotitlán*, y el de Salvador Navarro Sánchez, *La isla de Mezcala. La gesta olvidada*. No faltan tampoco los textos que se publicaron para dar a conocer otros aspectos desconocidos de la vida de los grandes caudillos regionales, como es el caso de *Cartas de Pedro Moreno sobre la guerra de independencia*, de Sergio López Mena, aparecido en 1993.

En Sinaloa se publicaron algunos artículos que si bien aportaron conocimientos nuevos, continuaron difundiendo la idea de que una vez derrotada la hueste de José María González Hermosillo, la insurgencia concluyó en las Provincias Internas de Occidente. Entre estos trabajos figura el de Jesús Lazcano Ochoa, “Breves noticias sobre la guerra de independencia en Sinaloa” (1986); el de Ignacio López Salazar, “¿Por qué Sinaloa tuvo poca importancia en la guerra de independencia?, ¿Qué factores influyeron para que se presentara tal situación?” (1986); y el de José G. Heredia, “El combate de San Ignacio”, (1999), quien también es autor de *Apuntes para la historia de la guerra de independencia en el estado de Sinaloa* (2006). Con respecto a Sonora hay que mencionar el artículo de Gilberto Escobosa Gámez, “Los tiempos de la independencia en Sonora” (1999).

Entre lo poco que se puede rescatar de la producción historiográfica del primer decenio del siglo XXI es la tesis que presentó en El Colegio de Jalisco Ernesto Rodríguez Sandoval, *La participación indígena en los movimientos insurgentes de la intendencia de Guadalajara*, para obtener el grado en Maestro en Historia; el trabajo que Jaime E. Rodríguez publicó recientemente con el título de *Rey, religión, yndependencia y unión: el proceso político de la independencia en Guadalajara*; y el artículo de José Miguel Romero “El partido de los perversos. Colima en la lucha insurgente”, en el que explica lo ocurrido en una región un tanto marginal.²⁴ Estos estudios interpretan el movimiento insurgente de acuerdo con los requerimientos de la nueva historia política. El

24 Publicado en Patricia Galeana (coordinadora). *La consumación de la independencia*. México: AGN, 1999, t. I.

análisis que hacen los autores parte, precisamente, de las profundas mutaciones culturales que provocó la invasión napoleónica a España y de las revoluciones que surgieron en el mundo hispanoamericano, las cuales anunciaban el tránsito a la modernidad y la gestación de movimientos encaminados a la formación de nuevas naciones.

La nueva interpretación que debe hacerse de los movimientos insurgentes que brotaron en el noroccidente de México, en vísperas del bicentenario, debe partir, necesariamente, del nivel de análisis al que han llegado Hamnett, Jaime E. Rodríguez, Van Young, Taylor, y otros especialistas mexicanos, cuyas aportaciones son fundamentales. Pero, también, del planteamiento de nuevos problemas e hipótesis, así como de preguntas que aún permanecen abiertas. Por ejemplo, importa analizar el significado de muchas de las palabras modernas que utilizaron los insurgentes y los realistas para describir la nueva realidad o para definir el proyecto de nación. A nivel regional debe destacarse la situación particular por la que atravesaba la intendencia; la centralidad de Guadalajara, para aclarar que la extensión del movimiento de Hidalgo partió de esta ciudad a otros puntos del noroeste, siguiendo las rutas comerciales; la manera como se regionalizaron los levantamientos; la participación y la abstención de los grupos sociales; la composición de las cuadrillas de rebeldes; y la fuerza que adquirió la élite tapatía con la apertura del puerto de San Blas, la cual la llevaría, al consumarse la independencia, a asumir posiciones radicales y a condicionar su unión con las demás provincias.

El clero de Colima frente a la guerra de independencia

José Luis Silva Moreno
Archivo Municipal de Villa de Álvarez, Colima

Hombres de su tiempo y su momento, un número indeterminado de ministros de la Iglesia, variable según los historiadores pero que incluía eclesiásticos regulares y seculares, participaron en la guerra de independencia. El problema es entender cómo, para qué y por qué se involucraron, y en qué medida ello alteró sus carreras eclesiásticas.

N. M. Farris afirmó que si bien la lealtad del clero en su conjunto (en lo individual la Corona catalogaba a los eclesiásticos como “promotores del desorden público”) se puso en cuestionamiento al estallar la guerra de independencia:

el apoyo del clero mexicano a la insurrección de ninguna manera fue unánime. Los Obispos y canónigos fueron casi siempre leales al régimen, con unas cuantas excepciones [...] pero aunque muchos eclesiásticos permanecieron neutrales o se oponían a la insurrección con cartas pastorales, sermones, dinero y hasta con servicio militar en la fuerza realista, esto no podía borrar el hecho de que el gobierno virreinal se enfrentaba a una rebelión a gran escala iniciada por un sacerdote y sostenida en gran medida por los miembros criollos del clero menor.¹

Esta diversidad es poco conocida. La historiografía de la independencia de la Nueva España explica más a los rebeldes, encabezados por Miguel Hidalgo y José María Morelos;² y menos a los que lucharon en defensa de la causa “santa y justa”, como

1. Nancy M. Farris. *La corona y el clero en el México colonial, 1752-1821*. La crisis del privilegio eclesiástico. México: FCE, 1995, p.186.
2. Véase los estudios que Carlos Herrejón Peredo le ha dedicado, como *Morelos, vida preinsurgente y lecturas*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1984; y Ernesto Lemoine. *Morelos y la Revolución de 1810*. México: UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, 1990).

3. Farris. *op.cit.*, pp.235–243. Apéndice: “Participantes eclesiásticos en el movimiento mexicano de la Independencia, 1808-1820”.

4. William B. Taylor, *Ministros de lo Sagrado. Sacerdotes y feligreses en el México del siglo XVIII*. Zamora: El Colegio de Michoacán-Secretaría de Gobernación-El Colegio de México, 1999, Apéndice B, Tomo II. Clasifica a los curas párrocos en la guerra de independencia en “presuntos insurgentes” y “presuntos realistas”.

5. Juan Ortiz Escamilla, “De la subversión clerical al autoritarismo militar: o de cómo el clero perdió sus privilegios durante la guerra civil de 1810”. Marta Terán, José Antonio Serrano Ortega, (eds.). *Las guerras de Independencia en la América Española*. Zamora: El colegio de Michoacán-INAH-UMSNH, 2002, p. 211, sobre los párrocos calificados como “insurgentes vergonzantes” en los informes militares.

se le llamó, a favor del Rey. William B. Taylor realizó una compilación que bien resume el conocimiento de este punto basado principalmente en Farris³ la cual muestra además que la mayoría de clérigos corresponden, tal vez por la falta de estudios generales, a los obispados de Michoacán, Puebla, Oaxaca y el arzobispado de México.

El listado de curas *presuntamente insurgentes y presuntamente realistas* de Taylor,⁴ es revelador porque muestra lo difícil que es clasificarlos en una categoría debido a la posición ambigua, o mejor dicho, fluctuante, de cierto número de sacerdotes, quienes habrían mostrado un apoyo inicial en los primeros días de la rebelión, pero que tras las derrotas de principios de 1811 decidieron que era mejor apuesta obtener el indulto real y lograr su reivindicación por parte de la Iglesia.

En algunos casos particulares, las acusaciones de insurgencia fueron rechazadas por los implicados de manera exitosa. Aún así, en muchos casos estos clérigos fueron definidos como rebeldes. En estos casos ¿la sola acusación debería ser tomada como prueba suficiente para ponerlos en duda? Tanto los expedientes como la actuación posterior de los acusados mostrará que no bastaba. Sólo en algunos casos, como se verá, las dudas persistieron durante algún tiempo.

El problema es que muchos mantuvieron una postura ambigua de colaboración con ambos partidos, denunciada por los jefes militares.⁵ Párrocos que solicitaban el indulto, seguían apoyando activamente a los insurgentes y, por otra parte, los ministros de la Iglesia que permanecieron en sus respectivas parroquias o destinos durante el periodo de ocupación rebelde, adquirieron la categoría de sospechosos.

En el otro lado de la moneda, encontramos a quienes asumieron una posición de militancia activa en uno y otro bando. Entre los insurgentes, una porción minoritaria nunca pensó en mudar de ideas y mantuvo intacta su rebelión contra la Corona —e indirectamente contra la Iglesia— hasta su muerte o su encarcelamiento;

de la misma manera que otros prelados y ministros se sumaron al bando realista desde los primeros momentos. Según Ortiz Escamilla, la magnitud del movimiento se debió a la presencia de los curas, punto de conexión entre los jefes rebeldes y los pueblos,⁶ y que la “rápida adhesión” de los pueblos a la causa insurgente se debió a varios factores, entre los cuales destaca la presencia de curas que demandaban el fin del tributo y las alcabalas, la expulsión de los españoles y la repartición de las tierras de comunidad, así como la atracción por los saqueos.⁷

Pero apunta que la contrainsurgencia se logró también gracias a los curas que se “incorporaron como oficiales en estas fuerzas”.⁸ Entre ellos menciona a José María Semper, de Real del Catorce; Diego Vean, en Río Verde; Francisco Álvarez en Colotlán; Francisco Uranga en San Miguel el Grande y Rafael de Crespo en San Felipe. Destaca en particular Ortiz Escamilla el caso de Francisco Álvarez, “el cura armadillo”, a quien el general José de la Cruz consideraba como el jefe de la única fuerza militar realista disponible en la región de Colotlán, pero quien no siempre cumplía sus deberes, al permitir el saqueo de ganados y propiedades de insurgentes, imponer contribuciones y ordenar ejecuciones a su gusto.⁹

En un artículo reciente Ortiz Escamilla extiende el registro de clérigos en la guerra de independencia a 1 160, en el arzobispado de México y los obispados de Guadalajara, Michoacán, y Oaxaca. De éstos, un 48 % serían insurgentes o simpatizantes de los mismos, y el resto realistas. Sin embargo, estudiar a estos ministros no fue su interés sino demostrar que debido a la guerra, la jerarquía diocesana perdió en gran medida el control del bajo clero, y lo supeditó a las decisiones de los jefes militares.¹⁰ La guerra habría desvinculado a los clérigos de sus diócesis, tanto en territorios insurgentes como realistas, por lo que las autoridades eclesiásticas debieron recurrir a los militares para conocer el comportamiento de sus párrocos.¹¹

6. Juan Ortiz Escamilla, *Guerra y gobierno. Los pueblos y la independencia de México*. Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía-Universidad de Sevilla-El Colegio de México-Instituto Mora, 1997, p. 40.

7. *Ibid.*, p. 18.

8. *Ibid.*, p. 71.

9. “De la Cruz a Calleja, Guadalajara, 21 mayo, 1811”, Archivo General de la Nación, en adelante, AGN, Ramo Operaciones de Guerra, tomo 145, fojas 73–74, citado en *Idem*.

10. Ortiz, “subversión”, p. 205.

11. *Ibid.*, p. 280. El autor señala en particular el caso del Arzobispo electo de México [quien nunca tomó posesión de su cargo, pero ello no lo aclara Ortiz Escamilla], el cual tuvo que pedir informes de sus párrocos a la autoridad militar, en tanto que el Obispo de Valladolid, Manuel Abad y Queipo, reconocía en 1812 desconocer el paradero de la mayoría de los eclesiásticos de su diócesis.

12. Al respecto, me remito a la abundante correspondencia que antes de la guerra y en particular a partir de 1812, se cursó entre el obispo Juan Cruz Ruiz de Cabañas y varios de los ministros de la iglesia, tanto curas propietarios, presbíteros y clérigos regulares, asignados a las parroquias del partido de Colima en el Archivo Histórico de la Arquidiócesis de Guadalajara, en adelante, AHAG, Sección Gobierno, fondo Parroquias, y que he utilizado para el desarrollo del presente artículo.

13. Esto se puede observar en los expedientes de los casos de los curas de Villanueva y Tonila, quienes hirieron y mataron a varios rebeldes, por lo que se consideraron irregulares con respecto a su condición eclesiástica. AHAG, sección Sacerdotes, serie Provisión de Curatos, caja 17, exp. 11.

No concuerdo en particular con esta tesis, debido a que si bien hubo un breve periodo en que se interrumpió la correspondencia entre el obispo y los párrocos, estas relaciones se reanudaron, al menos en el obispado de Guadalajara, a partir de 1812, mostrándose como un valioso instrumento que vinculó efectivamente a la jerarquía diocesana con sus ministros.¹²

Es difícil, con respecto a estos clérigos, encontrar una situación de no compromiso (o de no involucramiento) con la guerra. De alguna u otra forma, al permanecer en la parroquia pronunciando sermones o cuando reconoce la autoridad de sus superiores eclesiásticos, es posible identificar a quién declara su adhesión durante el conflicto, aunque su inacción pudiera, para algunos de sus contemporáneos, significar todo lo contrario. En este momento, me interesa particularmente estudiar a quienes tomaron la guerra como una situación en la que no podían dejar el compromiso personal y por el cual, en ocasiones, fueron ganados más allá del deber de otorgar los auxilios espirituales que la Iglesia consideraba estrictamente necesarios durante la guerra. O sea, que hubo grados diversos de inserción de los hombres de la Iglesia en la guerra, en la cual era incluso posible que se reconocieran a sí mismos como irregulares; es decir, fuera de lo que su condición eclesiástica, aún en situaciones de guerra, les permitía ejercer. Esto se observa en el bando realista, donde es posible ver este tipo de situaciones, y que no constituía en sí mismo una falta grave, aunque en ello se hubiera derramado sangre o incluso los propios curas llegaron a matar.¹³

Lo que busco destacar es que la activa participación de los curas y otros hombres de la Iglesia durante los primeros años de la guerra no fue accidental, sino que fue una especie de compromiso moral que adquirieron en defensa del rey y de la Iglesia, lo cual sería algo que compartirían, desde perspectivas diferentes, tanto los que defendían la causa justa de las instituciones como los que, desde su rebelde

perspectiva, no hacían más que luchar contra los enviados de Napoleón. Como ha mostrado Marco Antonio Landavazo,¹⁴ en el imaginario insurgente se encontraba presente la defensa del rey y de la Iglesia de la invasión francesa. En principio, pues, entre ambos bandos el tipo de compromiso tendría bases conceptuales muy cercanas. Los separaba, sin embargo, para los insurgentes, la intención de “terminar con la secular explotación económica y opresión política” de los gachupines.¹⁵

Con la aprobación del obispo

De estos eclesiásticos, un grupo en Colima se manifestó abiertamente en contra de los insurgentes, y actuaron en consecuencia, impulsados en unos casos por voluntad propia y en otros como parte de una estrategia de guerra, en la que los eclesiásticos tomaban parte como activos informadores de la situación en sus respectivas parroquias.

Otros, en cambio, en minoría, se inclinaron por los rebeldes. El primero de ellos, y el más conocido, es José Antonio Díaz,¹⁶ quien era vicario de la parroquia de San Francisco Almoloyan. Fue aprehendido en el pueblo de Acahuato, Michoacán, en 1814 y procesado por el delito de infidencia al año siguiente. A su sombra está el cura de Xilotlán, Rafael Medina, de quien hay pocos datos, pero quien al parecer tiene un mayor compromiso político con la insurgencia. El tercero es el fraile dominico Santiago Rodríguez, quien en 1821 se acogió al indulto que le ofreció la comandancia de la Segunda División de Milicias de Colima, tras permanecer más de seis años como capellán de los rebeldes en lo más cerrado de la sierra.¹⁷ Asimismo, a mediados de 1811 surgieron noticias de otros dos eclesiásticos arrepentidos o sospechosos de ser insurgentes, de quienes no hay mayores datos.

Por su parte, los eclesiásticos que lucharon en contra de sus mismos hermanos de espíritu actuaron siempre con la aprobación del obispo Cabañas, quien

14. Marco Antonio Landavazo, “Fernando VII y la insurgencia mexicana: entre la “máscara” y el mito”, en Terán y Serrano Ortega, *op. cit.*, pp. 79–98.

15. *Ibid.*, p. 79.

16. Ver al respecto, los artículos que ha publicado sobre Díaz Servando Ortoll. *Dulces inquietudes, amargos desencantos. Los colimenses y sus luchas en el siglo XIX*. Colima: Universidad de Colima-Gobierno del Estado de Colima-Instituto Colimense de Cultura-Centro Nacional para la Cultura y las Artes, 1997.

17. “José Aguayo al Obispo Cabañas”, Tecmán, 8 junio 1821, AHAG, Gobierno, Parroquias, Tecmán, caja 1, exp. 3, pos. 11.

18. "El cura de Colima da parte al Obispo de Guadalajara de haber recibido sus órdenes para exhortar al pueblo a la unión." Juan E. Hernández y Dávalos. *Colección de documentos para la historia de la guerra de la independencia de México de 1808 a 1821*. México: INEHRM, 1985, vol. II, p. 134.
19. "El Obispo Cabañas a Gerónimo Arzac", (Guadalajara, s.f., 1813) Archivo Parroquial de San Francisco Almoloyan, en adelante, APSFA, caja 8, exp. 5, f. 2.
20. "El Obispo Cabañas a Gerónimo Arzac", Guadalajara, octubre 29, 1813. APSFA, caja 6, exp. 13, f. 4.
21. "El Obispo Cabañas a Gerónimo Arzac", Guadalajara, enero 9, 1814, APSFA, caja 7, exp. 4, f. 12.
22. "El Obispo Cabañas a Gerónimo Arzac", Guadalajara, s.f. ¿1814? APSFA, caja 6, exp. 13, f. 2.
23. "El Obispo Cabañas a José María Gerónimo Arzac", Guadalajara, s.f. 1814. APSFA, caja 7, exp. 4, f. 8.
24. "El Obispo Cabañas a José María Gerónimo Arzac", Guadalajara, octubre 29, 1813. AHAG, Gobierno, Parroquias, Almoloyan, caja 1.

en una serie de cartas pastorales condenó las actividades de los rebeldes y llamó a defender la causa justa. Hubo, además, una serie de indicaciones que permiten tener una idea más clara sobre lo que se esperaba que dichos hombres de la Iglesia hicieran durante la guerra.

Así, en la carta en que le dio a conocer la noticia de la insurrección al cura de Colima, Felipe González de Islas, el Obispo le pidió exhortar al pueblo "a rendir sus corazones y sus vidas en honor de la patria", y ellos, los eclesiásticos, a la defensa del Rey y del buen gobierno.¹⁸ En otro momento, el Obispo le pedirá a Gerónimo Arzac que "coopere eficazmente" con la guerra y que los fieles también den prueba de ello;¹⁹ le indica que, ante los esfuerzos de los rebeldes,

es preciso que V. apure los esfuerzos de su zelo, y que así en el pulpito como fuera de él clame contra ellos, sin descanso hasta no conseguir por fruto de sus afanes la pacificación y restablecimiento del buen orden en todo ese rumbo y sus reinos.²⁰

Y que en caso de ser necesario saliera "a perseguir al enemigo común, si así lo exigen las circunstancias y lo tuviere por conveniente el digno jefe que sabe obrar y trabajar con actividad, prudencia y discreción".²¹ Que en esta tarea no quiere que haya mártires, como tampoco indolentes, al grado de dejarle toda la tarea de defensa de la Iglesia y la causa justa al propio Obispo.²²

Cabañas reiteró que la Iglesia no prohibía que los eclesiásticos defendieran la "santa y justa causa", pero que no esperaba que llegaran a ser "jueces criminales ante un consejo de guerra", o que se ubicaran en donde su cargo pudiera oponerse a la "lenidad propia del estado",²³ como, dice, "lo han hecho todos los prelados elegidos para virreinos o Capitanías Generales", y que tanto el pulpito como fuera de él deberían usarse contra la "maldita insurrección".²⁴

El cura de Tamazula, José Ignacio Bravo

El caso de Bravo es una historia de equívocos y confusiones historiográficas. William B. Taylor considera a José Eugenio Bravo como insurgente y como realista. Esta aparente contradicción o, mejor dicho, cambio en el pensamiento del presbítero, se puede explicar por otras razones.

La idea de Taylor se sustenta en una lectura a distancia, no de primera mano, de lo que hizo y dijo este eclesiástico. Para afirmar lo primero, toma sus referencias de Bravo Ugarte. Para lo segundo, de un documento citado por Hernández Dávalos.²⁵ Ortiz Escamilla también lo nombra, pero lo cita equivocando su nombre. Afirma que en los partidos de Zapotlán, Sayula, Zacoalco y Tamazula, los indios se rebelaron “bajo el liderazgo del cura de Tamazula, Eugenio Godoy”²⁶ Es claro que, para entonces y de acuerdo con todas las referencias, por Eugenio Godoy es necesario entender que se refiere a José con Eugenio Bravo, dado que no hay otro pueblo ni cura en esta región con el mismo nombre. Pero por otra parte, la acusación de que los indios se rebelaron bajo su liderazgo contradice a los testigos de la época y lo que resolvió la propia Iglesia.

Bravo fue designado en 1800 cura propietario de la parroquia de Tecolotlán,²⁷ año en que fue nombrado por el Obispo de Guadalajara comisionado en Tecalitlán al ser erigida esta vicaría en Parroquia.²⁸ Es párroco de Tamazula en 1803,²⁹ y ahí estaba cuando el pueblo fue ocupado por los insurgentes en 1810.³⁰

Tras la toma de Zapotlán el Grande se presentó al día siguiente, el 4 de marzo, ante el cura del pueblo para indultarse.³¹ Pero fue hasta el día 14 de ese mes cuando el párroco interino Rafael Murguía, inició la información sumaria sobre el posible apoyo de Bravo a los insurgentes, según una superior orden del provisor, gobernador y vicario general del obispado, don José María Gómez y Villaseñor, quien demandó se le

25. Como insurgente: Taylor, *Ministros... op. cit.*, p. 727, lo registra con el número 16, como Eugenio Bravo cura de Tamazula; datos tomados de José Bravo Ugarte, “El Clero y la Independencia: Ensayo Estadístico”, *Ábside*, 5 (1941): pp. 612-630; y 7 (1943): pp. 406-409. Como realista: en Taylor, *ibid.*, p. 733, Bravo es el 16 de la lista, citando a Hernández y Dávalos, *op. cit.*, vol. iv: pp. 411 a 412.

26. Ortiz, *op. cit.*, p. 109.

27. *Año de 1800. Oficios de M.Y.S. Presidente contestando a las ternas emitidas por S.S.Y. AHAG, Gobierno, Sacerdotes, Provisión de Curatos, 1784-1800, caja 12, exp. 36, f. 36.*

28. Florentino Vázquez-Lara. *Altos Estudios en Colima: Colima, s.p. s.f.*, p. 30.

29. *Año de 1804. Expediente sobre que se pasa terna al Señor Vice Patrono para la provisión de Sacristías que tengan la congrua de doscientos pesos en beneficio colados.* AHAG, Gobierno, Sacerdotes, Provisión de Curatos, 1803-1804, caja 15, exp. 8, pos. 5. Los ingresos de la parroquia en 1803 fueron de 3,270 pesos, informa en principio el cura José Eugenio Bravo, pero posteriormente rectifica y aclara que las cuentas suman solo 2 mil 929 pesos 2 reales.

30. *Información Sumaria de José Eugenio Bravo* (En adelante *Sumario Bravo*). AHAG, Gobierno, Sacerdotes, Relación de Méritos, Año 1811, caja 17, exp. 9.

31. “Porlier remite los siguientes documentos manifestando los arreglos que ha hecho”, Hernández y Dávalos, *op. cit.*, vol. ii: p. 232.

32. *Sumario Bravo*, f. 1.

33. *Ibid.*, f. 8.

34. *Ibid.*, ff. 10-11.

35. *Ibid.*, ff. 2-5 vuelta. Así lo declararon José Manuel Gómez, José Mendoza, José Ignacio de Villaseñera, José Anselmo López y Buenaventura Ortiz Cortes. Todos españoles, casados, con mas de veinte años de residir en Tamazula.

36. “Declaración del testigo José Manuel Gómez”, Tamazula, 16 de marzo de 1811, *Ibid.*, f. 3.

informara “si los curas de Mazamitla, Tamazula, y Cuautitlán han tenido algún participio en la insurrección”.³²

En un primer sentido, la acusación contra Bravo fue por haber viajado a Guadalajara cuando esta ciudad estaba ocupada por los rebeldes, acción que lo hacía sospechoso de tener simpatías con el movimiento armado.³³

Sin embargo, una vez que se difundió la noticia Bravo recibió todos los apoyos posibles de Tamazula, incluyendo manifestaciones de apoyo a su favor tanto de vecinos “de razón” como de los indios.

Las declaraciones de los testigos, tanto españoles como indios, así como las certificaciones que presentó el cura del comandante de las milicias asentadas en Tamazula, demostraron que Bravo nunca predicó a favor de los insurgentes ni llamó a los indios para unirse a sus tropas³⁴ ni compró bienes de españoles.

Por el contrario, quedó en claro por las numerosas voces que se manifestaron de manera unánime, que antes de que fuera ocupado el pueblo por los rebeldes, predicó a los habitantes y a las milicias contra los insurgentes, a fin de que defendieran las causas justas y las potestades legítimas del Rey Fernando VII, así como hizo poner en lugar público el edicto en que se excomulgaba a Hidalgo.³⁵

Un testigo refirió que el cura fue en esa ocasión

exhortando a sus feligreses [cuyo número incluía las tropas que se habían reunido en el pueblo para salir a combatir al enemigo en Mazamitla] a que defendieran la justa causa hasta derramar la última gota de su sangre, y que debían estar sujetos a las potestades legítimas que á nombre a nuestro deseado Monarca el señor Don Fernando VII (Que Dios Guarde) nos gobernarán.³⁶

Que los soldados, además, “no debían indagar las causas por que iban a pelear, sino someterse en un todo a lo que se les ordenaba”. Bravo no limitó su discurso para esa ocasión en que estaba reunida la tropa, sino

que predicó, dijo el testigo, “también en la iglesia en los días festivos sobre el mismo asunto”.³⁷

El teniente de subdelegado en Tamazula, Remigio Maza Márquez, certificó igualmente la lealtad del cura, que predicaba contra los rebeldes y que incluso pagó de su propia bolsa la fábrica de veinte lanzas y seis caballos para la Compañía de Pihuamo.³⁸

En resumen, la actuación de Bravo no daba cauce para mayores dudas, por lo que el informe de Murguía al provisor señala que no lo cree culpable, según la acusación original, de haber estado en Guadalajara por “afecto que tuviese al Partido de Ydalgo”, ya que desde antes había manifestado su deseo de ir para “saber el paradero de su Señoría Yllma” y en qué estado se hallaba el Obispado. Señala que a su regreso de Guadalajara, donde además “tomó, según he oído decir, a su cargo patrocinar a varios españoles”. El cura interino de Zapotlán el Grande informó que además Bravo ayudó a los curas de Tonila, Bacilio Monroy y Mariano Godoy, la vez que fueron “arrestados” por una gavilla insurgente, “constituyéndose su fiador”. Destaca que si bien es verdad que ha tenido conversaciones “sobre cosas que le han parecido creíbles y otras increíbles”, “ha variado enteramente sus conceptos”, a tal grado que el general Rosendo Porlier lo ha indultado y continúa predicando contra los insurgentes.

Ante tales pruebas, don Rafael Murguía no puede ser más elocuente a favor de don José Eugenio Bravo y remitió el expediente el 21 de marzo siguiente a Guadalajara, según certificó el notario José María de Vargas. El cura fue exonerado de toda acusación.

Estas pruebas y el hecho de que no se pudiera demostrar la menor inclinación de Bravo hacia los insurgentes, permitieron limpiar toda sospecha sobre su persona.

Tras ser liberado de su acusación de ser afecto a los insurgentes, Bravo demostró en ocasiones posteriores su lealtad a la *causa justa* y mantuvo así una activa correspondencia con el general de la Cruz, a quien le informaría de que tomó parte de una misión

37. *Ibid.*, f. 2.

38. *Ibid.*, ff. 6–7v.

39. Archivo Parroquial del Beaterio, en adelante, APB, Libro 14, *Defunciones 1816-1821*, f. 114v. Bravo muere a causa de una fiebre y es sepultado el 20 de Noviembre de 1818 en el primer tramo de la capilla del Dulce Nombre de Jesús, en la villa de Colima.

ordenada por la Mitra a la región de Zapotitlán en 1811 y que en 1812 entregó 18 armas de fuego largas y seis cortas a los vecinos de Zapotiltic a fin de formar un cuerpo de patriotas que defendieran al pueblo de las frecuentes incursiones de los rebeldes.

De hecho, a la muerte del cura de la Parroquia de Colima en 1814 (que pese a la guerra seguía siendo un curato muy codiciado) fue nombrado como su titular.³⁹ De haberse sostenido una acusación de ese tipo, hubiera sido muy difícil que hubiera logrado obtenerla y, en todo caso, habría quedado huella de dicha sospecha en la correspondencia habitual del Obispo con los demás párrocos de Colima, como fue el caso de las sospechas que hubo por ese y otros motivos, contra el cura de Ixtlahuacán de los Santos Reyes, Felipe Sierra.

El bachiller Francisco Ramírez de Oliva

De entre los discursos de la guerra a favor o en contra de los rebeldes, los eclesiásticos se inclinaron por uno de ellos, obligados incluso por la fuerza de las circunstancias. Ello no implicaba que su aparente colaboración con los insurgentes pudiera ser tomada posteriormente como indicio de que había sido afecto a su causa.

Muchos alegaron que habían sido forzados a ello o bien, que si habían celebrado misa y otorgado los sacramentos, o bien ejercido algún cargo público, lo había sido en cumplimiento de sus estrictos deberes como hombres de la Iglesia y en beneficio del pueblo, no de los rebeldes. De igual manera, el que algunos de ellos hubieran acompañado e incluso tomado la defensa de los españoles, o bien tomado en sus manos la responsabilidad de administrar sus bienes aún bajo la supervisión de jefes o comisionados insurgentes, fue utilizado para resaltar la lealtad de los mismos a la Corona, y para marcar su distancia con quienes tomaron las armas o tomaron partido por los otros.

El presbítero ya retirado, Francisco Ramírez de Oliva, que fue cura titular de Almoloyan hasta 1809,

asumió la defensa de dichos hombres y, en consecuencia, las acusaciones más graves. Ramírez permaneció, tal vez por su avanzada edad, en la villa de Colima cuando estuvo ocupada por los insurgentes entre octubre de 1810 y marzo de 1811; y tras la toma de la población por las tropas realistas, solicitó y obtuvo el mismo día el indulto del comandante Manuel del Río.⁴⁰

Las circunstancias se habían desarrollado de la manera siguiente. Tras la toma de la villa de Colima por los insurgentes, 21 españoles fueron aprehendidos, sus bienes embargados y ellos llevados a Guadalajara. En tanto, sus casas, tierras y productos quedaron al cuidado del depositario y tesorero general de los bienes de los europeos vecinos en la villa, designado por los insurgentes: Martín de Anguiano.⁴¹ Un mes después, Martín de Anguiano dejó la administración de los bienes de los españoles a Ramírez de Oliva,⁴² de quien se dijo que había sido compañero de Miguel Hidalgo en el Seminario Conciliar de Valladolid y mantenía con él amistad personal, reafirmada durante la estancia de Hidalgo en la parroquia de Colima en 1793.

La amistad era cierta, pero no al parecer la solidaridad del bachiller con la causa de Hidalgo. Al menos eso alegó tras aceptar haber recibido este encargo en Guadalajara de manos del propio Hidalgo. Pero fue hasta su regreso a la villa de Colima, el 13 de enero de 1811, que recibió la administración de los bienes de los europeos, la cual importaba 4 mil 800 pesos⁴³, en su mayor parte remitida a Guadalajara ese mismo día,⁴⁴ por decisión de los comisionados insurgentes y sin que él pudiera impedirlo. De todos modos, trató de llevar cuentas correctas de lo en él depositado.

Aunque tras la recuperación de la plaza por los realistas en marzo de 1810, por alguna razón que desconozco, Ramírez de Oliva no sería entonces sometido a proceso; ello sucedió hasta el año de 1812 cuando tuvo que defenderse de las acusaciones de ser

40. "El bachiller Ramírez se acoge al indulto. Sus declaraciones sobre los motivos de su viaje a Guadalajara, de su entrevista con el cura Hidalgo y de la aceptación del nombramiento que éste le confirió para depositario de bienes de europeos", José María Rodríguez Castellanos. *Colima y la guerra de Independencia*. Colima: Imp. del Gobierno del Estado de Colima, 1991. pp.129-131.

41. "Los Comandantes insurgentes Arteaga y Torres confieren poder jurídico a favor de D. Martín Anguiano como depositario y Tesorero General de los bienes de los europeos vecinos de Colima". *Ibid.*, p. 57

42. "El Cura Hidalgo comisiona al padre Ramírez, vecino de Colima, para que reciba todos los bienes embargados a los europeos en esta Villa", *Ibid.*, p. 70.

43. "Existencia de los efectos del balance de entrega que en 13 de enero de 1811 hizo D. Miguel Anguiano al Presbítero Dr. Dn. Francisco Ramírez en deposito como pertenecientes a europeos", en *Cuaderno sexto perteneciente al europeo Alejo de la Madrid, en que constan los bienes embargados a Martín de Anguiano*, Archivo Histórico del Municipio de Colima, AHMC, caja D-20, pos. 89, exp. 37.

44. "El Bachiller Ramírez como nuevo Depositario de Bienes de Europeos, recibe de su antecesor Anguiano la cantidad de cuatro mil ochocientos pesos para su remisión al Cura Hidalgo a Guadalajara", Rodríguez, *op. cit.*, p. 109.

45. *Ibid.*, p. 129 y ss. “El bachiller Ramírez se acoge al indulto. Sus declaraciones sobre los motivos de su viaje a Guadalajara, de su entrevista con el cura Hidalgo y de la aceptación del nombramiento que éste le confirió para depositario de bienes de Europeos”.

46. José Eugenio Bravo al Obispo Cabañas, Colima, 23 de mayo de 1815: “Lista y estado del clero de esta Villa de Colima, puesta en 23 de mayo de 1815. Para remitirla a su Ilma conforme a su superior mandato”. APSFA, caja 6, exp. 8, carta 4. Bravo enlista 15 clérigos en la Villa de Colima, dos de ellos refugiados huyendo de los insurgentes. El primero es el Presbítero Francisco Ramírez, “ex cura de Almolyan, ordenado a título de administración, de 61 años, de salud quebrantada y en la veces que le da lugar sus enfermedades, se aplica del confesionario y a otros ejercicios de piedad en que pasa en vida con mucho arreglo.”

47. Archivo Notarial de la Parroquia del Sagrario, en adelante, ANPS, Libro 14 de Bautismos de Españoles, 1768-1786, f. 5d, y *Relación de Méritos Arzac*, f. 1d.

48. ANPS, Libro 14 de Bautismos de Españoles 1768-1783, f. 5.

49. *Relación de Méritos Arzac*, f. 1.

50. *Libro sexto en que se asientan Informaciones Matrimoniales de los Indios de este Partido de San Francisco Almolyan hecho por el señor cura Don Nicolás Díaz en el año de mil setecientos noventa y tres que comienza en quince de julio y consta de 206 fojas útiles*, APSFA, caja 31, exp. 1, f. 200.

51. *Libro de bautizos de españoles, mulatos y otras castas, 1789 a 1793*, APSFA, caja 64, exp. 2, f. 79.

52. *Relación de Méritos Arzac*, f. 2.

53. *Idem*.

afecto a los rebeldes.⁴⁵ En su defensa se presentaron vecinos de la villa, familiares de aquellos a quienes había resguardado sus bienes, y no se emitió ninguna sanción en su contra. Años más tarde, lo encontramos todavía entre los eclesiásticos que, incluso retirados, debieron contribuir a la parroquia de Colima.⁴⁶

José María Gerónimo Arzac

A diferencia de su tío materno e insurgente José Antonio Díaz, la carrera eclesiástica de Arzac fue siempre en ascenso. José María Gerónimo Arzac nació el 29 de Septiembre de 1769, hijo legítimo de Joseph Arza Fernández de Rivera y de María Francisca Díaz y Mancilla.⁴⁷ en Zapotlán el Grande. Los Díaz habían dado varios hijos e hijas a Roma. Su fama, se decía, había llegado incluso a oídos del propio Obispado. Así que no era de extrañar que José María, cuya carrera eclesiástica apenas comenzaba, tuviera un destino acomodado.⁴⁸

A los once años fue enviado a Valladolid para iniciar su carrera eclesiástica —un hermano de su madre, José Antonio Díaz, había estado en el Seminario, donde será compañero de cursos de Miguel Hidalgo—, e ingresó al Real y Primitivo Colegio de San Nicolás Obispo para estudiar gramática,⁴⁹ en donde permaneció como un estudiante aplicado y ganador de premios y oposiciones hasta 1793.

Ya en la Parroquia de Almolyan, por muerte del cura Nicolás Díaz, Arzac firmó como teniente de cura y juez eclesiástico a partir del 5 de junio de 1793.⁵⁰ En septiembre de ese año, quedó como encargado de la parroquia por enfermedad del cura Nicolás Ramírez,⁵¹ y ese mismo mes fue ordenado presbítero, asignado a Almolyan, lo cual era un privilegio dada la suficiente congrua —el ingreso por derechos parroquiales— del curato.⁵² Al año siguiente, tras la muerte del cura Ramírez, fue designado cura interino de su parroquia,⁵³ y como tal, su primer responsabilidad no fue menor; conforme a la decisión del rey, las parroquias de Colima



PUBLICACIONES RECIENTES

ENSAYO Y DEBATE

Kali Argyriadis, Renée de la Torre, Cristina Gutiérrez Zúñiga y Alejandra Aguilar Ros (coords.). *Raíces en movimiento.* Prácticas religiosas tradicionales en contextos translocales. Zapopan: El Colegio de Jalisco-IRD-CEMCA-CIESAS-ITESO, 2008.

El propósito de este libro es atender y analizar los procesos dinámicos de translocalización que las religiones conocidas como “tradicionales” (las de raigambre indígena o africanas), están viviendo en el contexto de los flujos globales y la interacción cultural que provocan.

Una nueva manera de practicar la etnografía es el reto que propone esta publicación, que abarque los pasos de los distintos actores, dentro de los varios espacios geográficos y de relaciones en los cuales se desenvuelven, considerando la profundidad histórica y la dimensión política de los movimientos.

Jaime Olveda (coord.). *Independencia y revolución.* Reflexiones en torno del centenario y bicentenario. I. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 2008.

La proximidad del centenario de la revolución de 1910 y del bicentenario del inicio de la guerra de independencia abre la oportunidad de debatir y conocer varias interpretaciones enriquecidas sobre dichos procesos.

Este libro reúne doce trabajos de gran interés y con aportaciones muy valiosas para entender aspectos poco tratados hasta ahora, como resultado del primer coloquio, con el mismo nombre, organizado por El Colegio de Jalisco, que pretende poner al alcance de los lectores las últimas reflexiones y conclusiones de los historiadores especialistas en estos temas.

Jaime Olveda (comp.). *La batalla de Puente de Calderón.* Zapopan: El Colegio de Jalisco-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2008.

En vísperas de conmemorar el bicentenario del inicio de la insurgencia se ponen a disposición de los lectores nueve testimonios, los más representativos de la historiografía clásica mexicana del siglo XIX, de la última batalla que sostuvo Hidalgo en el Puente de Calderón contra el ejército realista que comandaba el general Félix María Calleja, en las cercanías de Zapotlanejo el 17 de enero de 1811. Incluye un estudio introductorio que plantea nuevas reflexiones al respecto.

AMÉRICALATINAHOY

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES



ISSN 1130-2887 - CDU 3 (1-69 IBEROAMÉRICA)

Vol. 49, agosto del 2008

Sumario analítico	3-6
Analytical summary	7-10
Presentación	11-12
 NUEVAS FORMAS DE INESTABILIDAD POLÍTICA	
• Presidencias latinoamericanas interrumpidas por <i>Arturo VALENZUELA</i>	15-30
• Las consecuencias sobre el régimen de las interrupciones presidenciales en América Latina por <i>Leiv MARSTEINTREDET</i>	31-50
• Repensando el presidencialismo: desafíos y caídas presidenciales en el Cono Sur por <i>Kathryn HOCHSTETLER</i>	51-72
• La institucionalización democrática en el callejón: la inestabilidad presidencial en Argentina (1999-2003) por <i>María Matilde OLLIER</i>	73-103
• Instituciones, coaliciones callejeras e inestabilidad política: perspectivas teóricas sobre las crisis presidenciales por <i>Aníbal PÉREZ LIÑÁN</i>	105-126
 VARIA	
• Lo que fue ya no es y lo nuevo aún no toma forma: elecciones 2006 en perspectiva histórica por <i>Ciska RAVENTÓS</i>	129-155
• Las preferencias ideológicas y políticas judiciales: un modelo actitudinal sobre el voto en el Tribunal Constitucional de Ecuador por <i>Santiago BASABE SERRANO</i>	157-177
 INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA	 181-192

economía mexicana

NUEVA ÉPOCA

vol. XVII, núm. 1, México, primer semestre de 2008

ARTÍCULOS

Edna Fragoso Pastrana, Jorge
Herrera Hernández y Ramón A.
Castillo Ponce

*Sincronización del empleo
manufacturero en México
y Estados Unidos*

Jaume Sempere

*Redistribution as a Local Public
Good Subject to Congestion*

F. Javier Trivez, Ángel Mauricio
Reyes y F. Javier Aliaga

*Análisis coyuntural y prospectivo
de la industria maquiladora de
exportación mexicana*

Daniel Hernández Franco,
Mónica Orozco Corona y
Sirenia Vázquez Báez

*Métodos de focalización en la política
social en México.
Un estudio comparativo*



www.economiamexicana.cide.edu

Vol. 39, núm. 153, abril-junio, 2008

Índice

EDITORIAL

ARTÍCULOS

La agricultura familiar en América Latina
MARCELLO CARMAGNANI

Mitos y realidades sobre la agricultura familiar en
Argentina: reflexiones para su discusión
RAÚL PAZ

Distribución funcional del ingreso, un tema olvidado que
reclama atención
JAVIER LINDENBOIM

Crecimiento económico, gobernabilidad democrática y
desarrollo social: un enfoque integrador
JOAQUÍN GUZMÁN CUEVAS
ISIDORO ROMERO LUNA

Áreas clave para desarrollo económico y social: una
visión desde la actividad prospectiva internacional
VÍCTOR AMADEO BAÑULS SILVERA
JOSÉ LUIS SALMERÓN SILVERA

Crisis financieras y globalización: un análisis de sus
factores determinantes

ARTURO RODRÍGUEZ CASTELLANOS
SARA URIONABARRENETXEA ZABALANDIKOETXEA
NEREA SAN MARTÍN ALBIZURI

Altas finanzas y geopolítica para la integración de
América Latina

CARLOS TÉLLEZ VALENCIA

COMENTARIOS Y DEBATES

La contaminación agrícola del agua en México: retos y
perspectivas

ALONSO AGUILAR IBARRA
ROSARIO H. PÉREZ ESPEJO

REVISTA DE REVISTAS

RESEÑAS

The Visible Hand of China in Latin America de Javier
Santiso (ed.)
RHYS O. JENKINS,

*Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo
XXI* de Giovanni Arrighi
HUGO RODAS MORALES

ACTIVIDADES DEL IIEC

NORMAS PARA LA RECEPCIÓN DE ORIGINALES
STANDARDS FOR ADMITTING ORIGINALS

OBRAS DEL IIEC DE RECIENTE APARICIÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Rector:

José Narro Robles

Coordinadora de Humanidades:

Estela Morales Campos

Director del IIEC:

Jorge Basave Kunhardt

Secretaría Académica del IIEC:

Verónica Villarespe Reyes

Directora de la Revista:

Esther Iglesias Lesaga



Comité Editorial

José Luis Calva Téllez
(IIEC-UNAM-México)
Hubert Escaith
(CEPAL-Chile)

Víctor Gálvez Borrell
(FLACSO-Guatemala)
Celso Garrido Noguera
(UAM-A-México)

Aurora Cristina Martínez Morales

(IIEC-UNAM-México)

Miguel Ángel Rivera Ríos

(FEC-UNAM-México)

Gonzalo Rodríguez Gigena
(Ministerio de Rel. Ext.-Uruguay)

Emilio Romero Polanco

(IIEC-UNAM-México)

Héctor Salas Harms

(FCA-UNAM-México)

Horacio Sobarzo Fimbres

(COLMEX-México)

A la venta en librerías de la UNAM. Suscripciones y ventas:
Depto. de Ventas del IIEC: Circuito Mario de la Cueva s/n,
planta baja Ciudad de la Investigación en Humanidades,
Ciudad Universitaria, C.P. 04510, México, D.F.
Teléfonos: (52-55) 5623-0105, (52-55) 5624-2339
Fax: (52-55) 56-23-00-97

Colaboraciones: Departamento de la Revista: Circuito Mario
de la Cueva s/n, 2o. piso, Ciudad de la Investigación en
Humanidades, Ciudad Universitaria.
Teléfonos: (52-55)5623-0105. Tel./fax: (52-55) 5623-0097,
con atención de la directora, doctora Esther Iglesias Lesaga.
Correo electrónico:

revprode@servidor.unam.mx

Consultar la página:

<http://www.probdes.iiec.unam.mx/>

dejaron de pertenecer ese año al obispado de Valladolid de Morelia, y a Arzac le correspondió entregar el curato al obispado de Guadalajara.⁵⁴

En 1797, tras la designación de Francisco Vicente Ramírez como cura propio de Almoloyan, permaneció en el curato como vicario. Mientras fue interino, construyó tres campanas y elevó la torre del templo “doce varas”.⁵⁵ Al año siguiente suplió temporalmente a un ministro –no se dice quién– de la parroquia de Colima y en 1799, una vez secularizada la doctrina de Tuxpan, fue nombrado párroco titular de la nueva parroquia de Tonila,⁵⁶ lo cual no era un buen cargo, debido a su pobre congrua (sólo 400 pesos anuales, comparados con los más de 2 500 de Almoloyan). Por esas razones, Arzac rechazó su destino y en su favor intercedió el cura de Colima, Islas, quien pidió al obispo Cabañas que regresara Arzac a su parroquia de Almoloyan.⁵⁷ En julio se trasladó a Colima, donde permanece sólo de agosto a octubre,⁵⁸ ya que recibió el nombramiento de cura interino del curato de Santa María de Guadalupe de Tecolotlán, que gozará durante 15 meses, hasta enero de 1803.⁵⁹

En abril de 1802, ingresó al concurso de curatos vacantes de ese año, en el cual fue propuesto en primer lugar para el nuevo curato de Tecalitlán.⁶⁰ Recibió este curato en febrero de 1803, y permaneció en él durante nueve años.⁶¹

De ser el párroco propietario del pueblo de Santa María de Guadalupe de Tecalitlán, Arzac se declaró “acérrimo enemigo” de los insurgentes. Es posible que tal reacción se deba a las noticias de que su tío, el vicario de Almoloyan, era uno de los jefes insurgentes de Zapotlán el Grande. Arzac lo expresó de la siguiente manera, hablando de sí mismo en tercera persona:

No ha sido [Arzac] insurgente ni un instante, y es de alabarle que siendo sobrino, y discípulo en Gramática del Apóstata Padre Díaz, y discípulo en teología del revolucionario Hidalgo, condiscípulo, concolega, o amigo de los mas de sus perversos secuaces con quienes se vio

54. *Ibid.* f.4.

55. *Libro de Bautizos de españoles, mulatos y otras castas 1789-1793*. APSEFA, caja 64, exp. 2, f. 159d; y *Relación de Méritos Arzac*, f. 2v.

56. *Relación de Méritos Arzac*, ff. 3 y 3v.

57. *José Felipe de Islas al Obispo de Guadalajara*, Colima. 19 de junio 1801. AHAG, Gobierno, Parroquias, Colima, caja 1, exp. 9.

58. *Relación de Méritos Arzac*, f. 3v.

59. *Idem.*, y Cresenciano Brambila. *El Seminario de Colima*, México: Jus, 1966, p. 20.

60. AHAG, Gobierno, Sacerdotes, Provisión de Curatos, 1806-181, caja 15, exp. 2, f. 12d.

61. *Relación de Méritos Arzac*, f. 3v; y Brambila, *op. cit.*, p. 20.

62. AHAG, Gobierno, Sacerdotes, Provisión de Curatos 1806-1813, caja 17, exp. 14, f. 5d.

cuando la ciudad de Guadalajara estaba poseída de ellos, ninguno fue capaz de arrancar de su corazón la firme creencia de que la causa que actualmente defendemos era la justa y santa, y tuvo política para defenderse de los muchos seductores que procuraron a traerlo a su infame partido, contra el que luego que tuvo oportunidad, se declaró acérrimo enemigo ⁶²

Tras esta declaración se desprende la fuerte impresión que a su persona, y al prestigio religioso de su familia, le debió causar la defección de José Antonio, pero al mismo tiempo, que estuvo también Arzac en Guadalajara a finales de 1810, llamado tal vez por algunos de los eclesiásticos que había conocido durante sus años de estudio en Valladolid, a quienes califica como “seductores”. ¿Habría permanecido en Guadalajara ese tiempo, y luego acompañado a las tropas de Porlier en su marcha a Zapotlán y Colima? Es difícil saberlo, porque no se le menciona expresamente. Tanto de la Cruz como Porlier hablan de un “eclesiástico arrepentido”, pero no hay prueba alguna que éste haya sido Arzac, precisamente.

Lo que hay que resaltar es que Arzac es el único eclesiástico quien se declara abiertamente como “acérrimo enemigo” de los insurgentes, en toda la región del sur de Nueva Galicia. En ese sentido, explica, de abril a septiembre de 1811 fue capellán de la división del coronel Manuel del Río, ⁶³ “sin estipendio alguno”, al tiempo, que, dice, desempeñaba otras comisiones que le ordenaba el coronel del Río, y que, “como valiente soldado acreditó su valor, fidelidad y entusiasmo” en las batallas de Santa Ana Matlán, Colima y Palo Blanco, “cuyas hazañas son notorias y constantes en los partes y detalles de aquellas gloriosas acciones”.

Un importante cambio en su actividad como párroco ocurrió en octubre de 1811. El provisor del obispado le ordenó pasar a la parroquia de Almoloyan como cura interino, ⁶⁴ de la cual tomó posesión el 30 de noviembre. Retirado, aunque contra su voluntad, de las armas, en dos meses reunió a los indios de los seis pueblos sujetos a Almoloyan, dispersos por los cerros

63. Es decir, durante la campaña que éste desarrolló por el partido de Colima y que lo acompañó a Guadalajara, a donde fue convocado Del Río por De la Cruz.

64. *Relación de Méritos Arzac*, f. 5d.

por la insurrección,⁶⁵ pero en febrero de 1812 se unió como capellán de una división integrada por colimenses, 100 de ellos de Almoloyan, encabezada por el comandante Cuellar. Durante esta etapa, sirvió como oficial (en ocasiones en lugar de su comandante), comandó partidas contra los insurgentes y fue incluso capitán de guerrillas, además de desempeñar el cargo de escribiente.⁶⁶

Posteriormente, en febrero de 1812, ya en Colima, acompañó como capellán a un grupo de cien vecinos de Almoloyan, quienes formaron parte de una división de patriotas organizada por el comandante Cuellar. Durante esta campaña, en la que reconquistaron Zamora, población que amurallaron y a cuyos vecinos armaron, sus funciones se multiplicaron. Afirmó en su Relación que, mientras por una parte sirvió como oficial, en varias ocasiones “suplió” la ausencia del comandante, y que entonces fue comandante de partidas y capitán de guerrilla.

A diferencia de otros eclesiásticos que es posible calificar como realistas, Arzac no manifiesta haber incurrido en ninguna irregularidad durante este tiempo, lo que significa que, al parecer, entendía la norma canónica respecto a la guerra justa, y que además, aunque participó en combate e incluso comandó diversas acciones (de lo cual no hay más dichos que el suyo propio), no tomó las armas en sus manos ni derramó sangre. Agregó finalmente en su relación de méritos, que, una vez que la división del comandante Cuellar se reunió con la de Arango, “fue distinguido con distintos empleos y comisiones”. Aunque no aclaró cuáles fueron dichos empleos, expresa que se mantuvo como capellán y como escribiente. “como se acredita por la certificación del comandante Cuellar”.⁶⁷ En este momento, su espíritu militar se mantenía tan presente que lamentó que, posiblemente por la declinación de la actividad militar, “al año de todas estas fatigas se le hubiese retirado por arreglar lo que en su ausencia faltaba en su curato”.⁶⁸ Es decir, que tuvo que regresar

65. Vázquez-Lara, *Perfiles históricos*, 10 y *Relación de Méritos Arzac*, f. 5d.

66. *Relación de Méritos Arzac*, f. 5v.

67. De este documento no se encontraron mayores datos en el expediente del AHAG.

68. AHAG, Gobierno, Sacerdotes, Provisión de Curatos, caja 17, exp. 14, ff. 5 y 5v.

69. APSFA, caja 6, exp. 8, carta 1 y *Relación de Méritos Arzac*, f. 6.

70. "Parte del cura Bravo de Zapotlán, al Sr. Cruz acompañándole la carta del Sr. Vizcaíno, sobre persecución a fuerzas independientes. Agosto 25 y 28", Hernández y Dávalos, *op. cit.*, vol. IV, pp. 411-412.

71. *Idem*

72. APSFA, caja 6, exp. 13, carta 1.

73. APSFA, caja 6, exp. 13, carta 1.

74. *José Manuel Bazavilvazo al Obispo Cabañas*, (Villa de Colima, agosto 12, 1813), AHAG, Gobierno, Parroquias, Colima, caja 1, exp. 6, f. 6.

75. "Ha ocurrido á este Ayuntamiento ingente necesidad de informar a pronto al Exmo Señor General las tristes circunstancias en que se halla este vecindario, por tercera persona, y no habiendo otra tan idónea como la del Señor Cura de Almoloyan, Don José María Geronimo Arzac, de ella se ha valido para que personalmente pase a esa capital con este único servicio. *El Ayuntamiento de Colima al Obispo Cabañas*, (Villa de Colima, septiembre 26, 1815), AHAG, Gobierno, Parroquias, Colima, caja 1, exp. 1, f. 1.

76. *El Obispo Cabañas a José María Gerónimo Arzac*, (Guadalajara, julio 11, 1813). APSFA, caja 6, exp. 13, f. 22.

a atender los asuntos para los que originalmente había sido destinado.

En julio solicitó licencia a su cargo de capellán y se presentó al concurso pendiente de curatos, no sin lamentar que "al año de todas estas fatigas se le hubiese retirado por arreglar lo que en su ausencia faltaba en su curato".⁶⁹ En agosto todavía está en la milicia y el coronel Manuel del Río dio cuenta de que en la victoria de Zapotiltic contra los rebeldes, estuvo Arzac,⁷⁰ al tiempo en que su autorización comienza a ser solicitada y aceptada su decisión por otros jefes realistas, como lo revela la carta del 25 de agosto, el teniente de partido en Zapotiltic, Juan José Vizcaínos, quién escribió al bachiller José Eugenio Bravo, entonces radicado en Zapotlán el Grande, que salieron en persecución de los rebeldes que habían entrado al pueblo, pero cuando quisieron irse de guerrillas no pudieron hacerlo, porque el permiso "no me [lo] concedió el señor cura don José María Arzac".⁷¹

Arzac recibió finamente la titularidad del curato de Almoloyan a fines de 1812,⁷² pero tomó posesión del mismo hasta abril de 1813, cuando se le concedió licencia para pasar a su curato.⁷³ Durante estos años, Arzac obtuvo a través de su participación en la guerra liderazgo y personalidad. Así lo consideró el subdelegado de Colima José Manuel Bazavilvazo, para quien el cura de Almoloyan "se ha ganado la estimación general por su armonía y unión"⁷⁴, por cuya razón fue designado representante del ayuntamiento de la villa de Colima para informar al general De la Cruz, de las "tristes" circunstancias de la villa en 1815, "no habiendo otra persona más idónea".⁷⁵

Por otra parte, Arzac fue, al igual que Felipe de Islas y otros párrocos del partido, un informante fiel de la situación local para la mitra de Guadalajara, quien a su vez lo hacía con el gobierno provincial. El Obispo le será especialmente agradecido en 1814 de su descripción de Maquílí y de Apatzingan,⁷⁶ vitales para las posteriores ofensivas realistas contra los insurgentes de esa zona.

El suministro de San Blas a Acapulco, 1811-1813

Pedro Luna Jiménez
Universidad Autónoma de Nayarit

El conocimiento de la historia nayarita presenta temáticas en las que por diversas razones se ha concentrado la atención. Una de ellas tiene que ver con el puerto de San Blas y sus nexos con la Corona Española y los diferentes gobiernos de México de la primera mitad del siglo XIX. El personaje central es, sin duda, José María Mercado, y los hechos vinculados a él tienen que ver con la toma que llevó a cabo del fondeadero, los esfuerzos sobrehumanos por llevar a Hidalgo los pertrechos de guerra que allí existían y el movimiento contrainsurgente local que agilizó el final de la contienda antes del arribo del ejército realista. Diferentes autores se han encargado de estos abordajes. Marcial Gutiérrez Camarena, Enrique Hernández Zavalza y Enrique Cárdenas de la Peña, en sus estudios sobre el legendario puerto dedicaron algún apartado especial para hablar de estos sucesos.¹ Por su parte, Everardo Peña Navarro y Salvador Gutiérrez Contreras vieron al proceso insurgente más allá del legendario fondeadero. De esta forma, dan cuenta de las características que éste asumió en otras localidades del altiplano, particularmente en Tepic, que obtuvo la categoría de *ciudad* como reconocimiento al apoyo que sus habitantes brindaron a favor de la causa realista.²

En algunas colecciones documentales podemos seguir la pista a los insurgentes de tierra caliente y de la sierra. De esta forma se sabe de la importancia que tuvo

1. Marcial Gutiérrez Camarena. *San Blas y las Californias*. Estudio histórico del puerto. México: Editorial Jus, 1956; Enrique Hernández Zavalza. *San Blas en la perspectiva de su historia*. Tepic: Gobierno del Estado de Nayarit, 1975; Enrique Cárdenas de la Peña. *San Blas de Nayarit*. 2 vols. México: Secretaría de Marina, 1968.
2. Everardo Peña Navarro. *Estudio histórico del estado de Nayarit*. Tomo I. De la conquista a la independencia. 2ª ed., Tepic: Gobierno del Estado de Nayarit, 1967; Salvador Gutiérrez Contreras. "José María Mercado, héroe de nuestra independencia". Federico Murguía. *La guerra de independencia en Jalisco*. Guadalajara: Gobierno del Estado de Jalisco, 1986, pp. 87-107.

3. Al respecto ver el "Informe de Fray R. Angles sobre las misiones del Nayarit". pp. 111-118.

en la primera de estas comarcas la presencia de José María González Hermosillo, o bien, la participación de coras y huicholes en tales sucesos.³ De cualquier forma, lo que queda claro es la prolongada época de inestabilidad que en ambas regiones se vivió. Desaparición, dispersión y fundación de pueblos, saqueo y destrucción, fueron elementos cotidianamente presentes en esta guerra de guerrillas que cubrió hasta el año de 1818. Por lo demás, en este acercamiento a la historiografía de la independencia en los accidentados relieves nayaritas, hay que señalar que estos tópicos regularmente han sido abordados en los estudios de historia jalisciense o en compilaciones documentales que persiguen dicho propósito.

De esta forma, se puede afirmar que existe un favorable inventario en torno de la posibilidad de conocer las condiciones del movimiento de independencia en la comarca tepiqueña, pero, sobre todo, en aquellos lugares más directamente articulados a la ruta de intenso comercio que tenía como puntos extremos a San Blas y Guadalajara, y en la que se encontraban Tepic, Ahuacatlán e Ixtlán.

Por su parte, estudios recientes señalan las amplias posibilidades que se presentaron para el joven atracadero a partir de que José de la Cruz, comandante militar de la Nueva Galicia, logró formalmente liberarlo de las fuerzas insurgentes. Del primero de diciembre de 1810 al 31 de enero del año siguiente, San Blas estuvo controlado por el cura Mercado. Es decir, se trata únicamente de dos meses, después tuvo lugar un significativo repunte en su movimiento, aparejado al crecimiento mercantil que experimentaba Guadalajara y su área de influencia. En este sentido, la mayoría de los historiadores también afirma que la recuperación del estratégico lugar no únicamente significó el restablecimiento del comercio, sino que éste se incrementó de manera notable. El sitio impuesto por José María Morelos al puerto de Acapulco, desde finales de 1812, hizo que en los tres años subsiguientes el intercambio con el poniente, Panamá y las Antillas se efectuara por San Blas.

También ya se cuenta con valiosos estudios⁴ de la forma en que este repunte del eje comercial San Blas-

4. Jaime Olveda. *La oligarquía de Guadalajara*. México: CNCA. 1991, *El comercio entre Guadalajara y Panamá*. Zapopan: El Colegio de Jalisco-Secretaría de Relaciones Exteriores, 2003.

Tepic-Guadalajara, impactó a este último centro urbano y su región a partir de la llegada de nuevos agentes económicos “ilustrados y laboriosos”. Sin embargo, el bloqueo de Acapulco por los insurgentes no únicamente permitió al puerto tepiqueño ampliar su radio de acción, también desde este fondeadero fue donde se organizó –hasta donde se pudo– la protección y el auxilio a aquella población asediada.

En un principio San Blas y Acapulco estuvieron en la mira de los insurgentes con la misma intensidad. Antonio Torres comisionó a José María Mercado para que se apoderara del primero de ellos, mientras que Miguel Hidalgo dio similar orden a José María Morelos para que hiciera lo mismo con Acapulco. Ambos fondeaderos eran los más importantes del Pacífico; su control significaba tener acceso a un elemento estratégico de negociación con el gobierno virreinal, pero también disponer de una importante fuente de ingresos derivada de permisos por importación y exportación de mercancías.

El primero de dichos puertos, como se ha señalado, estuvo bajo poder insurgente hasta el 31 de enero de 1811, fecha en que el cura de la localidad, Nicolás Santos Verdín, organizó un movimiento para rescatarlo. El 12 del mes siguiente, el general José de la Cruz llegó a San Blas para dar formalidad a esta recuperación.

Acapulco, por su parte, cayó en poder de los insurgentes el 19 de agosto de 1813 después del asedio iniciado a principios de abril de ese año. En el transcurso de esos meses, el apoyo que recibieron los realistas acuartelados en el fuerte de San Diego, por conducto de San Blas, fue de gran importancia. La ciudad de México no participó en tales acciones, pues el camino principal que la comunicaba estaba controlado por los insurgentes sureños. Esto hizo que la comunicación entre ambos fondeaderos fuera cotidiana, lo mismo sucedía con el movimiento epistolar que iba y venía por los puntos extremos de un perímetro que eran México, Guadalajara, San Blas y Acapulco. En ellos estaban autoridades como el virrey Francisco Javier Venegas o Félix María Calleja; el comandante general de la Nueva Galicia, José de la

5. La principal fuente en que se basan estas notas es J. E. Hernández y Dávalos. *Historia de la guerra de independencia de México*. México: INEHRM, 1985, en particular los tomos V y VI. Se trata de una importante colección documental de fuentes primarias –correspondencia, informes, procesos judiciales– que no ha sido tomado en cuenta en el abordaje de esta particular temática. En adelante para citarla sólo se mencionará el tomo y la página correspondiente.
6. Vicente Garro. “Informe sobre la situación que guardaba el puerto de San Blas cuando capituló”. Guadalajara, 8 de febrero de 1811. Cit. en Salvador Gutiérrez Contreras. *José María Mercado. Héroe de nuestra independencia*. Guadalajara: Gobierno del Estado de Jalisco, 1985, p. 192.
7. “José Ignacio del Camino [Gobernador interino de Acapulco] a Francisco Javier Venegas”. Acapulco, a 23 de marzo de 1811. Hernández, *op. cit.*, t. VI, p. 280.
8. “Antonio Carreño a Francisco Javier Venegas”. Acapulco, a 15 de marzo de 1811.

Cruz; el comandante de San Blas, Antonio Quartana, y el gobernador de Acapulco, Pedro Antonio Vélez. Los bergantines “San Carlos”, “Activo” y “Princesa” con sus comandantes Jacobo Murphy, Antonio Quartana y Gaspar de Maguna, respectivamente, se encargaron de llevar y traer pliegos, pero, sobre todo, la tan urgente y necesaria ayuda. También hay que mencionar a las balandras “Alcázar”, “Nuestra Señora del Carmen” y “San Luis Gonzaga”, comandadas una a una por José Agustín Zubillaga, Ramón Moreira y José Ignacio del Camino.⁵

La documentación disponible señala que la proveeduría de víveres para Acapulco empezó a cobrar impulso por los mismos días en que San Blas fue liberado de las fuerzas insurgentes. Tal situación es explicable, pues la defensa de estos sitios en gran medida tuvo que ver con la disponibilidad de pertrechos de guerra y víveres para tiempos prolongados. En la causa que se formó al comandante y oficiales del apostadero de San Blas por su “inexplicable” capitulación, uno de los centrales cuestionamientos a los acusados tuvo que ver con la disponibilidad de alimentos en bodega.⁶ De esta forma, durante los años de 1811 y 1812 fueron frecuentes los viajes de embarcaciones que llevaban alimentos a Acapulco.

El 12 de marzo de 1811, los funcionarios de la Real Hacienda del puerto informaban al virrey de este movimiento en el cual la costa de Xamiltepec y provincia de Chilapa se distinguían como principales proveedoras de maíz, arroz, carne en tasajo, frijol, sal, tocineta, manteca, azúcar, galletas, garbanzos y harina. Los fondaderos de donde partieron estos suministros fueron La Palizada y Barra de Chacahua. Los bergantines San Carlos, Mexicano y Activo, junto con la goleta San Luis Gonzaga, condujeron dichos productos.⁷ Para ese mes también se informó del estado de fuerza de que disponía la guarnición del castillo para su defensa, misma que era cubierta por 348 individuos agrupados en el Cuerpo de Artillería, Compañía Fija, Piquete de Milicias, Voluntarios y Compañía de Voluntarios Unidos de San Blas; este último se componía de noventa y cinco.⁸

Pero San Blas no sólo remitió personal voluntario con destino a Acapulco. A fines de marzo de ese año la goleta San Luis Gonzaga llevó un cargamento de víveres para aquella fortaleza por órdenes de José de la Cruz. El informe que sobre este viaje remitieron las autoridades de Acapulco al virrey manifiesta el estado de ánimo que por ese tiempo se vivía en la Nueva Galicia y que permitía enviar estos socorros.

La goleta mercante San Luis Gonzaga, que salió de este puerto el día 13 de enero último a cruzar sobre las costas del apostadero de San Blas, volvió a fondear en esta bahía en la noche del día 22 del presente mes cargada de víveres, que remite para socorro de esta plaza el Sr. Brigadier D. José de la Cruz, Comandante del Ejército de Operaciones contra los insurgentes de Nueva Galicia... Sin traer pasajero alguno ni más novedades que las de *hallarse nuestras tropas victoriosas persiguiendo por todas partes a los rebeldes fugitivos de aquel reino...*⁹

Su cargamento se componía de harina, arroz, vinagre, chile, carne en salmera, frijol, galleta, garbanzo, manteca, maíz, tocino y queso. También ese día, procedente de San Blas, fondeó en Acapulco la balandra Nuestra Señora del Carmen con un cargamento similar de víveres.¹⁰ Si en un principio La Palizada desempeñó un lugar preponderante en la labor de suministro, mucho del cual tenía a Puebla como lugar de origen,¹¹ tal función, conforme el tiempo transcurrió, la desempeñaron los puertos norteños como Guaymas y, sobre todo, San Blas y la comarca tepiqueña. Sin duda esta responsabilidad del fondeadero neogallego se vio sustancialmente acrecentada a medida que avanzó el año de 1813, particularmente de abril a agosto, cuando se intensificó el asedio insurgente, llegando finalmente la capitulación el 19 de este último mes.

El virrey siempre estuvo muy interesado en proteger la zona de Acapulco a San Blas. El 28 de marzo de 1813, a una semana de que se intensificara el ataque a la fortaleza, el virrey escribió al comandante general de la Nueva Galicia, José de la Cruz, pidiéndole auxilios. La misiva señala las dificultades que tenía para socorrer a Acapulco:

9. "José Ignacio del Camino a Francisco Javier Venegas". Acapulco, a 24 de marzo de 1811. Hernández, *op. cit.*, t. VI, p. 279. El subrayado es mío.

10. "José Ignacio del Camino a Francisco Javier Venegas". Acapulco, a 23 de marzo de 1811. *Ibid.*, p. 279.

11. "José María Giral y Francisco Longua a Francisco Javier Venegas". Acapulco, a 7 de abril de 1811. *Ibid.*, p. 288.

12. “Félix María Calleja a José de la Cruz”. México, a 28 de marzo de 1813. *Ibid.*, p. 163.

13. “José de la Cruz a Félix María Calleja”. Guadalajara, a 12 de mayo de 1813. *Ibid.*, p. 163.

14. “Pedro Antonio Vélez a José de la Cruz”. Acapulco, a 3 de abril de 1813. *Ibid.*, p. 168.

Para precaver, pues, al gran mal que causaría a la patria la pérdida de aquella fortaleza, que daría a los facciosos opinión y recursos con que continuar la cruel guerra que nos hacen prevengo a vuestra señoría que con la posible brevedad envíe desde el Puerto de San Blas el buque que estuviese más pronto, con víveres, municiones y dinero que le permitieren sus atenciones para el socorro de la guarnición tomando igualmente las demás providencias que le dicten su celo para mantener aquel punto, entre tanto que yo puedo habilitar una expedición y franqué el camino, conduzca los auxilios necesarios y sostenga la expresada plaza...¹²

El comandante le respondió lo siguiente: “desde que me hallé mandando en este Reino de Nueva Galicia no he dejado de auxiliar constantemente a Acapulco, y continuaré haciéndolo hasta donde alcance la posibilidad de mis recursos”.¹³ El 3 de abril, Pedro Antonio Vélez, comandante del fuerte de San Diego, aprovechó el paso por Acapulco del navío “Fernando Séptimo”, para escribir a Cruz un amplio informe de la situación que guardaba la guarnición de la fortaleza y varias cosas ocurridas en ella desde el mes de noviembre a esa fecha. Los cambios de virrey daban vulnerabilidad a la plaza y la hacían más dependiente para su defensa del fondeadero tepiqueño. En ese escrito le dice que:

Con motivo de la llegada del bergantín de guerra San Carlos, y el de igual clase Fernando Séptimo procedente de Sansonate y el Realejo podría contar a no ser aquel motivo –el clima y temperamento local que dificultan la conservación de semillas– con una competente provisión de víveres para un año; pero Dios sabe si a beneficio del cuidado y precauciones se podrán conservar seis meses, comprendiendo en este cálculo el cargamento que de orden de vsia se me ha asegurado conduce de San Blas el Lucero, de modo Señor, que en esta parte descansa por ahora mi cuidado y ojalá corriera igual suerte con ganado mayor para refrescar en las próximas aguas a esta corta guarnición, y precaverla de enfermedades epidémicas que son consiguientes a la continuación de salados...¹⁴

La comunicación epistolar entre el general Cruz y Vélez fue cada vez más frecuente. Por medio de esta navegación costanera, que los insurgentes no pudieron fracturar, el comandante de Guadalajara estuvo al tanto de las demandas del puerto y de las principales noticias que allí llegaban.¹⁵ De esta forma, las cartas, cuyo propósito era informar de lo ocurrido en el puerto, reportaron, entre otras cosas, el arribo del bergantín Lucero el 10 de abril, cargado de víveres procedente de San Blas, el avance de la epidemia de escorbuto y la función que desempeñaban los bergantines “Lucero” y “San Carlos”, consistente en buscar apoyo en diversas plazas. El primero de ellos, por ejemplo, estaba en Sotavento, a pesar de la poca seguridad que se tenía en aquellos lugares, mientras que el “San Carlos” navegaba de Acapulco a San Blas para trasladar ayudas ya programadas.¹⁶

En ese ambiente de aislamiento o de serias dificultades en la comunicación entre Acapulco y la ciudad de México, el 13 de julio el virrey Félix María Calleja le comunicó a José de la Cruz que estaba enterado de los 30 mil pesos y varios efectos de guerra que había enviado, pero que ha “recibido avisos del gobernador de aquella fortaleza con fecha de cuatro de mayo en que se defendía vigorosamente a pesar de estar cercada de calamidades, incomunicada y sin recibir socorro alguno”.¹⁷ Le recordaba la importancia del fondeadero para la economía novohispana y lo que significaría para “los rebeldes del sur” su capitulación. Su

pérdida causaría males de grave trascendencia que deben evitarse socorriéndole oportunamente por San Blas, con víveres, dinero y las municiones que le sean posibles, entre tanto que la estación de aguas, las crecientes de los ríos y otras atenciones hacen practicable el envío de auxilios por tierra y la expedición que tengo preparada –en octubre– para aquel punto...¹⁸

Como puede verse, la sobrevivencia de Acapulco depende de San Blas.

Los envíos de víveres de parte de José de la Cruz se iniciaron una vez que San Blas fue liberado de los insurgentes. Como se ha señalado, la goleta mercante “San

15. “Pedro Antonio Vélez a José de la Cruz”. Acapulco, a 24 de mayo de 1813. *Ibid.*, p. 171.

16. *Ibid.*, p. 173.

17. “Félix María Calleja a José de la Cruz”. México, a 9 de julio de 1813. *Ibid.*

18. *Ibid.* p. 171.

19. “Alejo García Conde [Comandante de Arizpe] a Francisco Javier Venegas”. Arizpe, a 23 de febrero de 1813, p. 162. José de Bustamante [Comandante de Guatemala] a Félix María Calleja”. Guatemala, a 18 de julio de 1813. *Ibid.*, p. 197.

20. “José de la Cruz al comandante interino de San Blas”. Guadalajara, a 6 de mayo de 1813, p. 165.

21. *Ibid.*, p. 166.

22. Gutiérrez Contreras, *op. cit.*, p. 267.

Luis Gonzaga” salió el 13 de enero de Acapulco a San Blas con el propósito de conducir víveres de esa plaza, por orden de José de la Cruz. Sin embargo, a medida que se avanzó el bloqueo al fuerte y el control insurgente de sus antiguos canales de suministro, el apoyo recibido de otras provincias, en especial de San Blas, se hizo estratégico.¹⁹

José de la Cruz dio varias órdenes a las autoridades de San Blas para que se enviaran los auxilios a la brevedad posible. En los primeros días de mayo le mandó una carta al comandante del puerto en la que le decía:

Espero que empleará usted todo su celo y actividad para acopiar con la mayor prontitud el todo o la mayor parte posible de lo que menciona dicha relación -las necesidades de suministro de aquella plaza-, previniendo también un buque que lleve los citados renglones a Acapulco con la brevedad que exige el caso.²⁰

También le indicó las cosas que le enviaría de Guadalajara para surtir los almacenes de San Blas y aquellas que podían adquirirse en Tepic. “Además enviaré de aquí veinte y cinco o treinta mil pesos para los gastos precisos de ese apostadero en que es necesario guardar la mayor posible economía”.²¹

Dentro de las medidas tomadas para hacer efectivo el vínculo de San Blas con los “acorralados” de Acapulco, se nombró un comandante formal en el primero de ellos, y se destituyó a quien cumplía interinamente tales funciones. El cargo fue ocupado por Antonio Quartana a finales de mayo de 1813. El nuevo funcionario había sido comandante del bergantín “Activo” y tenía el grado de teniente de fragata; se distinguió por buscar en diferentes provincias apoyos para el puerto, aunque su plaza de adscripción fue San Blas.²²

Las órdenes que recibió Quartana se hicieron más frecuentes. El 14 de junio de ese año se indicaba lo siguiente:

La adjunta nota que acompaño es copia de la que ha dirigido el gobernador de Acapulco sobre los víveres y demás artículos

que necesita. Es preciso que sin pérdida de un momento trate usted de acopiarlos a fin de que puedan ser transportados en el bergantín de guerra San Carlos, despachado con sólo este objeto por el gobernador de aquella plaza sitiada.²³

Para impedir que la correspondencia que iba de Acapulco a Guadalajara en demanda de socorros hiciera un recorrido tan largo, autorizó al comandante para que abriera y se enterara de los pliegos que le llegaran de aquel puerto con el objeto de que los pedidos que se hicieran se acopiasen inmediatamente, “dando por supuesta mi aprobación que concedo desde luego mientras duren las apuradas circunstancias en que se encuentra dicha plaza”.²⁴

José de la Cruz no únicamente estuvo al pendiente de que Antonio Quartana remitiera diversos auxilios a los sitiados, también tomó decisiones sobre el trabajo que desempeñaban las embarcaciones que llevan a cabo tal servicio. De esta forma, la correspondencia entre Cruz y sus comandantes fue regular. A mediados de junio escribió a Jacobo Murphy, comandante del “San Carlos”, para ordenarle que cuanto antes le ministrara lo que pedían de Acapulco y se hiciera a la vela,

pues siendo este buque el único de fuerza que hay presentemente en estos mares, es necesario que él sea el que este al frente de Acapulco, para cuanto pueda ocurrir a esta plaza sitiada. Después de la salida de usted seguirá otro buque con todo cuanto pueda remitirse y sucesivamente saldrán otros, aún cuando no envíe el gobernador buque alguno de aquel puerto pidiendo auxilios... Si la fragata Princesa como prevengo en esta fecha estuviese lista será el buque que siga al bergantín...²⁵

Las encomiendas al comandante del San Carlos eran de forma directa como en el caso anterior, o bien, por medio de la autoridad de San Blas. Cuando faltaban dos semanas para la rendición del puerto le comunicó al comandante de San Blas lo siguiente:

Haga usted presente al comandante del bergantín San Carlos que espero de su celo y actividad que hará los mayores esfuerzos en su navegación, y que sin duda tendrá la gloria de liberar a la

23. “José de la Cruz al comandante de San Blas”. Guadalajara, a 14 de junio de 1813. Hernández, *op. cit.*, t. VI, p. 179.

24. *Idem.*

25. “José de la Cruz a Jacobo Murphy”. Guadalajara, a 14 de junio de 1813. *Ibid.*, p. 176.

26. "José de la Cruz al comandante de San Blas". Guadalajara, a 8 de agosto de 1813. *Ibid.*, p. 187.

27. "Antonio Quartana a José de la Cruz". San Blas, a 19 de agosto de 1813. *Ibid.*, p. 191.

28 "José de la Cruz a Félix María Calleja". Guadalajara, a 8 de mayo de 1813. *Ibid.*, p. 170.

nación un plaza de tanta importancia como Acapulco si consigue llegar breve en su socorro, cuyo distinguido servicio premiará el gobierno supremo como es debido. El bergantín tiene fuerza y no será difícil que destruya las diez canoas armadas de los rebeldes, como igualmente que pueda con sus fuegos obligar a los enemigos a abandonar la isla de La Roqueta.²⁶

Al bergantín, cuya salida se demoró hasta el 19 de agosto porque su capitán había caído enfermo, se le aumentaron tres cañones, preparándolo con ello para la encomienda asignada.²⁷

La ciudad de México no ayudó con recursos a Acapulco. El peso de la defensa recayó en la Nueva Galicia y, por tanto, en San Blas. En estas circunstancias, las autoridades de Guadalajara recibieron dos tipos de presiones. Las que provinieron de Acapulco mediante inventarios pormenorizados de requerimientos "de boca y guerra" para hacer frente al sitio y las que dictó el virrey, ordenando que tal apoyo se brindara con la prontitud que demandaba el caso. Tal situación, en un momento dado, provocó reclamos al virrey. En una misiva del 8 de mayo, Cruz informó a Calleja sobre diferentes noticias acerca del avance insurgente sobre Acapulco y la provincia de Valladolid. Le recordó también que había enviado 30 000 pesos y diferentes auxilios para aquella plaza en los últimos dos años. Luego le decía:

Lo pongo todo en noticia de Vuexcelencia para su debido conocimiento y órdenes oportunas, acompañadas de los auxilios que tengo tantas veces pedidos, y sin los cuales en caso de resultar cierto este proyecto del rebelde Morelos debe Vuexcelencia temer por las consecuencias y experimentar el natural sentimiento que debe ocasionarle ver perdidos en un solo momento los trabajos de dos años...²⁸

A mediados de junio le escribió nuevamente para decirle que los auxilios, sobre todo en víveres, no le causan ningún problema:

Lo que no puedo enviar es pólvora con la abundancia que desearía; porque como se me remite con tanta miseria por la dirección de este ramo, no puedo tener el surtido debido para el

ejército con los repuestos que considero convenientes, ni puedo tampoco tener el apostadero de San Blas con el surtido que urgentemente necesita para esta y otras cosas que puedan ocurrir. Pedí al señor Venegas trescientas cajas de este indispensable artículo y Vuexcelencia tuvo a bien enviarme solamente cincuenta.²⁹

En otras epístolas Cruz le propuso al virrey diversas formas para proteger al puerto, en particular, su fortificación. Le recordó la expedición que desde marzo se preparaba de México para franquear el camino y conducir por tierra los auxilios. Volvió a insistir en que Nueva Galicia otorgaba apoyo, pero que esta provincia no recibió ayuda de México.

Acapulco, luego de lo sucedido en San Blas y con la cercanía del movimiento insurgente sureño, implementó como estrategia principal proveerse de víveres y pertrechos militares, porque sólo de esa forma podía resistir sin llegar a la capitulación. En un principio, como ya se ha indicado, las zonas de proveeduría fueron los fondeaderos de La Palizada y Sotavento, más orientados al sur; no obstante, a medida que los insurrectos avanzaban sobre estas comarcas, los puertos norteños, en particular San Blas, ofrecían estas ayudas.

La importancia de Tepic en esta función es innegable, sobre todo en el rubro de alimentos. San Blas y, en general, las costas tepiqueñas, para ese tiempo y hasta ya muy avanzado el siglo xx, no contaban con áreas agrícolas que hubieran permitido auxilio. Por su parte, el altiplano tepiqueño donde se localizaban Tepic, Xalisco, Compostela, Santa María, Jala, Ixtlán y Ahuacatlán, desde la segunda mitad del siglo xviii diversificaron su dinámica económica como resultado de su integración a la importante ruta de comercio como era el eje San Blas-Tepic-Guadalajara y por los incrementos poblacionales que por ese tiempo experimentaron.

Traer productos agropecuarios de lugares próximos a Guadalajara para ser embarcados en San Blas, presentaba como principal obstáculo el tramo del camino conocido como Plan de Barrancas. Además, para ese tiempo se había fortalecido la actividad manufacturera en Tepic, cuya

29 "José de la Cruz a Félix María Calleja". Guadalajara, a 14 de junio de 1813. *Ibid.*, p. 177.

30. "Padrón de Tepic, 1814". Archivo Histórico Municipal de Guadalajara. Este pequeño informe viene incluido en Jean Meyer. *Nuevas Mutaciones. El siglo XVIII. Colección de documentos para la historia de Nayarit*. México: CEMCA-U de G, 1990, t. II, p. 54-55.

31. José Ignacio del Camino a Francisco Javier Venegas. Acapulco, a 23 de marzo de 1811. Hernández, *op. cit.*, t. VI, p. 280.

32. "Pedro Antonio Vélez a Francisco Javier Venegas". Acapulco, a 25 de marzo de 1813. *Ibid.*, p. 129.

33. "Pedro Antonio Vélez a Francisco Javier Venegas". Acapulco, a 12 de abril de 1813. *Ibid.*

34. "José Nicolás Cañarte". Noticia de lo desembarcado en la fortaleza de Acapulco por el bergantín Alcázar. Acapulco, a 21 de julio de 1813. *Ibid.*, p. 184.

producción abastecía la demanda local y aún quedan excedentes para remitirlos a otros destinos. No eran escasos los trapiches piloncilleros, los obrajes para manufacturar diversidad de telas, sombrererías, los hacendados locales que proveían de la suficiente carne, las alfarerías, los aserraderos, etcétera.³⁰

En los informes que envió Quartana a José de la Cruz se presentan los inventarios de bienes transportados por diferentes naves. El 22 de marzo de 1811 arribó a Acapulco la goleta "San Luis Gonzaga", propiedad de Juan Gómez, que llevaba un cargamento de víveres por orden de De la Cruz. Las cantidades eran las siguientes: 86 tercios de harina, 893 libras de arroz, 1 440 cuartillos de vinagre, 200 libras de chile, 3 277 libras de carne en salmuera, 2 742 libras de frijol, 6 377 libras de galleta, 2 143 libras de garbanzo, 1 710 libras de manteca, 150 fanegas de maíz, 1 361 libras de tocino y 50 arrobas de queso.³¹

El 25 de marzo de 1813 ancló en la bahía de Acapulco, procedente de San Blas y Guaymas, el bergantín "San Carlos" con el cargamento de 400 tercios de harina, 180 tercios de carne, 200 tercios de maíz, 50 tercios de frijol, 10 tercios de arroz, 10 barriles de manteca y 40 arrobas de queso.³² El bergantín mercante "Lucero", al mando del capitán Pedro José Bejarano, arribó el 10 de abril con 200 zurrones de harina, 423 costales de maíz y 100 costales de frijol.³³ El 21 de julio llegó el Alcázar, con su capitán Nicolás José de Cañarte, con 20 botijas de aguardiente, 4 botijas de vinagre, 1 cajón de piedras de chispa, 1 tercio de cuerda mecha, 10 cajones de cartuchos de fusil, 19 barriles de pólvora, 62 tablones de cedro y 95 espeques de cañón.³⁴

El 4 de agosto estaba preparado el "San Carlos" para partir a Acapulco con el cargamento de 210 arrobas de carne en 34 barriles, 29 arrobas de manteca en 6 barriles, 10 barriles con curtido, 48 tercios de jabón, 8 barriles de vinagre de a 124 cuartillos cada uno, 66 tercios de panocha, 58 arrobas de chile en 9 sacas, 208 arrobas de garbanzo en 23 sacas, 38 tercios de carne seca, 87 arrobas de carne seca en tasajo en 20 sacas, 20 tercios de frijol en 20 costales

de a 124 libras, 214 arrobas de galleta en 32 sacas, 100 tercios de maíz con 125 fanegas, 44 arrobas de lenteja en 10 tercios, 6 cajones con medicinas, 18 botijas de aceite medicinal en 2 tercios, 98 arrobas de azúcar en 38 pilones, 40 botijas de aceite de comer, 10 cajones de medicinas, 10 botijas con miel virgen y 2 tercios de cebada.³⁵ La salida de San Blas de la citada embarcación se pospuso por problemas de salud de su comandante, lo que permitió agregar 60 fanegas de carbón y 6 000 rajas de leña.³⁶ La incorporación de este combustible tenía que ver con el informe que había recibido el comandante de San Blas, de parte del capitán del “Alcázar”, de que en Acapulco había víveres para cuatro meses y, que por el momento, lo que más urgía era la leña y el carbón. Tal carestía se debía a que los insurgentes, semanas antes, se habían posesionado de la isla de La Roqueta de donde se proveía de leña y sal la fortaleza.³⁷

Las embarcaciones que llevan auxilio a Acapulco tenían serias dificultades para desembarcarlo; además, la situación de asedio que se enfrentaba hizo que sus comandantes y capitanes las emplearan en la defensa del fondeadero. El 10 de junio, desde el “San Carlos” que se encontraba anclado en San Blas, Jacobo Murphy escribía a José de la Cruz para decirle cuál era, hasta el día 20 de mayo, la situación de aquella plaza, y para informarle la participación del “San Carlos” en el ataque insurgente:

Yo me lisonjee ese día poder hacer algo en defensa de la población a pesar de la reducida fuerza de este buque: en una de las alturas que dominan a la ciudad, colocaron los rebeldes dos cañones con los cuales incomodaban al vecindario. Como la altura esta a medio tiro de la orilla y esta es hondable me atraque a ella cuanto pude y en la mañana del siete les dí diez descargas sin conseguir otra ventaja que la de ejercitar a lo vivo mi corta tripulación. Ellos tuvieron la de darme tres balazos en el casco y uno a flor de agua: cortarme varios cabos: matarme un hombre y herirme dos. Estaban tan bien atrincherados con las piedras del cerro, que los fuegos del castillo no les podían ofender y desde abordó sólo se percibía la boca de sus cañones. Con tan pequeño objeto me desengañé de poder adelantar algo y me desatraqué con el sentimiento de ver lo poco que podía hacer por la defensa del pueblo.³⁸

35. Antonio Quartana. “Noticia de los efectos embarcados en el bergantín San Carlos con destino a Acapulco”. San Blas, a 4 de agosto de 1813. *Ibid.*, p. 186.

36. José Monzón. “Relación de los víveres que lleva el bergantín San Carlos para socorro de la fortaleza de San Diego de Acapulco”. San Blas, a 19 de agosto de 1813. *Ibid.*, p. 192.

37. “Pedro Antonio Vélez a José Nicolás Cañarte”. Acapulco, a 13 de julio de 1813. *Ibid.*, p. 193.

38. “Jacobo Murphy a José de la Cruz. San Blas”, a 10 de junio de 1813. *Ibid.*, p. 175.

El bergantín quedó totalmente deteriorado y así continuó a San Blas para conducir diversos auxilios. Otro informe que también refiere la presencia del San Carlos en el movimiento contrainsurgente viene en carta particular que José Bobadilla escribió desde aquel puerto el 15 de mayo. Al respecto se dice que

el día seis del mes próximo pasado trataban de tomar el pueblo 400 insurgentes armados con fusiles, después de haberse apoderado del Destacamento, de La Mira y del cerro de Las Iguanas, pero a pesar de su avance que hicieron descendiendo por el monte hasta las cercanías de San Nicolás y Campo Santo, hizo la artillería del castillo, batería del Campo de Marte, de las lanchas y del bergantín San Carlos que retrocediesen otra vez hacia la cumbre en donde se conservaron 7 días, haciendo un incesante fuego de fusilería y artillería de a cuatro que pusieron en los cerros, sacrificando a la infeliz población con sus tiros dominantes...³⁹

39 “José Bobadilla. Carta particular”. Acapulco, a 15 de mayo de 1813. *Ibid.*, p. 179.

Por la comunicación del 13 de julio entre el comandante de Acapulco y el capitán del “Alcázar”, pueden verse las dificultades que tenían lugar para conducir a tierra firme los bienes transportados:

Los enemigos que nos sitian nos han estrechado tanto que apenas tenemos un palmo de tierra y en bahía. En tal concepto y en el de que no tengo mucho que meditar antes de exponer a una total ruina a este buque y cargamento, disponga por ahora que inmediatamente que entre a poder de usted esta contestación proporcione armas en lancha con uno de los cañones que trae, y con la fusilería que al efecto le remito, y de parte de noche, remitirme en ella los artículos que constan al calce de este oficio, pues son de los que más carezco entre los que usted trae...⁴⁰

40 “Pedro Antonio Vélez a José Nicolás Cañarte”. Acapulco, a 13 de julio de 1813. *Ibid.*, p. 193.

Después de indicar los productos urgentes que tenía que bajar, entre ellas, ocho botijas de aguardiente, seis barriles de manteca, un quintal del sal, aceite, cebollas, ajos, galletas, algunos tablones y todo aquello que pueda usarse de combustible “que no le haga una precisa falta para navegar”, agrega que

en esta inteligencia hago a usted cargo y responsable en el firme concepto de que se le abonará a usted o al dueño de ese buque todos los perjuicios o averías que tenga por esta razón, no quedándome duda que usted por su parte hará los mayores esfuerzos para aquella remisión de lo que le pido, de pronto venga con la mayor brevedad y se mantendrá a la vista de este puerto para los fines indicados. He mandado componer la única canoa que me ha quedado, se armará en guerra y la mandaré a ese buque por lo que se me ofrezca, y para distinguirla de las enemigas servirá el santo que le acompaño, y cuando valla llevará el que ha de servir para el segundo viaje.⁴¹

Para ingresar a la bahía debía seguirse una serie de pasos, lo mismo para el desembarco de suministros. El 4 de agosto, Nicolás José Cañarte, comandante del navio, le informó de San Blas a José de la Cruz la forma en que se llevaron a cabo tales operaciones.

...según un oficio de aquel gobernador, el cual me aseguró el buque para que entrara y se socorriera de las muchas necesidades que padecía, por cuyo motivo determiné hacerlo, sufriendo el fuego continuo de los enemigos, y sólo pude permanecer dos días en el puerto hasta remediarlos de lo más preciso, a pesar de ser la lancha batida por tres cañones mientras iba del buque al castillo, y lo mismo a su regreso, teniendo esta que ir siempre con un cañón para libertarse de catorce canoas que tenían armadas los insurgentes, y con todas estas precauciones sólo pude desembarcar alguna pólvora, víveres y la madera, siendo estos dos últimos de la mayor necesidad pues ya quemaban hasta los muebles de uso, las puertas de todas las bodegas y algunas cureñas.⁴²

Finalmente un comentario sobre las embarcaciones que se distinguieron en esta actividad de suministro, tanto del que procedía de San Blas como el de otras regiones.⁴³ Sin duda que el “San Carlos” estuvo estrechamente asociado con la historia del fondeadero neogallego. En 1767 se construyó en los talleres navales que ahí existían; fue empleado para los viajes misioneros dirigidos por Fray Junípero Serra y aquellos cuyo propósito era la exploración y conocimiento del septentrión novohispano. Como resultado de uno de sus viajes a Manila se le otorgó el

41. *Idem.*

42. “José Nicolás Cañarte a José de la Cruz”. San Blas, a 4 de agosto de 1813. *Ibid.*, p. 185.

43. Esta información viene en una valiosa cronología incluida en Enrique Cárdenas de la Peña. *San Blas de Nayarit*. México: Secretaría de Marina, 1968, pp. 253-283.

sobrenombre de Filipino. Se puede afirmar que con esta embarcación se inicia la historia de San Blas como puerto estratégico en el Pacífico.

La “Princesa” fue fabricada en este mismo puerto en el año de 1778. Aunque esta nave no tuvo una participación en la conducción de ayuda a Acapulco, sí está considerada como relevo y complemento del trabajo realizado por el “San Carlos”. Un año después de su construcción participó en la expedición para explorar las costas norteamericanas al mando del teniente de navío Ignacio Arteaga. Se incorporó, igualmente, en la mayoría de las expediciones que continuaron hasta el año de 1792, en que tuvieron lugar la expedición de límites al frente de la cual iba Juan Francisco de la Bodega y Cuadra.

Por su parte, el “Activo” fue construido por Manuel Bastarrachea en 1792. Se distinguió por sus desplazamientos a diferentes puertos sureños en búsqueda de suministros para Acapulco, sobre todo, antes de que fuera tomada la plaza. Su capitán, Antonio Quartana, fue designado comandante del apostadero para organizar el apoyo que de aquí brindaba a Acapulco.

Cuando tuvo lugar la capitulación de San Blas ahí se encontraban estas tres embarcaciones. El “San Carlos” y el “Activo” fueron empleadas por autoridades y comerciantes de Guadalajara para escapar a Acapulco; mientras que la fragata “Princesa”, el 13 de diciembre, regresaba de un viaje a la Alta California. De esta última se decía que era el mejor buque que había en el apostadero. Su comandante, el alférez de fragata de la real armada Gaspar de Maguna, informaba que disponía de 22 cañones de a seis y ocho de a cuatro.⁴⁴

44. “Bernardo Salas a José de la Cruz”. Sobre el estado en que encontró el puerto de San Blas. San Blas, a 8 de febrero de 1811. Documento publicado en Gutiérrez Contreras, *op. cit.*, p. 197.

La compañía de voluntarios de Cataluña en la Nueva España

Walter O. Arias Estrada

El nacimiento de México como nación independiente conllevó a un proceso de transformaciones y conflictos que dieron lugar al establecimiento de instituciones propias a partir del siglo XIX. Una de esas instituciones fue el ejército, el cual tuvo su origen en la tradición europea, con elementos totalmente occidentales, herencia de la organización borbónica. Las primeras milicias se integraron durante el periodo virreinal, cuando se instruyó a determinados sectores de la población para el servicio de las armas, marcando así las tradiciones castrenses que llegaron a dar una identidad al ejército cuando México se convirtió en una nación independiente.

Resulta evidente que diferentes formaciones militares españolas dieron lugar al actual ejército mexicano, establecido a partir 1821. Durante los primeros tiempos del siglo XIX se conservaron los uniformes borbónicos y algunos nombres como el del Batallón de Dragones o Granaderos, que fueron algunos de los cuerpos que se crearon en el virreinato de la Nueva España en el último tercio del siglo XVIII, un siglo clave para la formación de México como Estada-nación. Los diferentes regimientos que más tarde se fusionarían en un solo ejército, provinieron de los cuerpos españoles formados bajo determinadas características y en distintos territorios con el objetivo de fortalecer la fidelidad. Uno de esos cuerpos fue la Compañía de Voluntarios de Cataluña; en un principio

se dispuso que debía estar formado por colonos procedentes de la Corona de Aragón, y preferentemente de Cataluña. Pero, más tarde, se tuvo que completar con mestizos y criollos, pues hubo muchos problemas sociales y administrativos que impidieron que dicha Compañía se integrara como se había pensado al inicio.

La segunda mitad del siglo XVIII fue clave para la historia de México y su formación como país. En esta centuria se fortalecieron las elites locales, penetraron las ideas ilustradas francesas, se reformaron nuevas instituciones, entre ellas, el ejército, y con el establecimiento de las intendencias se delineó la actual división política y administrativa de nuestro país, etcétera. Esto se debió a que la dinastía Borbón realizó cambios sustanciales con los que pretendió recuperar el poder de la Corona, el cuál venía perdiendo desde el siglo XVII debido, en parte, al desarrollo y fortalecimiento de las elites criollas. Este proceso desembocó en los levantamientos insurgentes en la primera década del siglo XIX. Las reformas borbónicas intentaron recuperar el control y, al mismo tiempo, dar un impulso económico a los territorios hispánicos, consiguiendo en parte su objetivo, pero la aplicación de esta política no pudo evitar la pérdida de los reinos americanos.

En la península hubo también modificaciones que buscaban racionalizar la administración y estrechar la unidad en torno a los Borbones. Estas reformas, que pueden ser entendidas como una transformación del régimen implantado por los Habsburgo, fueron también aplicadas a la economía con el propósito de impulsar la producción y fortalecer la hacienda de los territorios de ultramar. Entre las disposiciones reformistas también destaca la nueva postura del Estado frente a la Iglesia, a la cual intentó reducir su fuerza, primero prohibiendo fundar más conventos (con Felipe V) y, posteriormente, restringiendo a las órdenes religiosas su participación en algunas esferas que correspondían al Estado.¹ Sobre todo fue en el periodo de Carlos IV (1788-1808) cuando

1. Enrique Florescano e Isabel Gil Sánchez. "La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico, 1750-1808". *Historia General de México*. 3ª ed. México: El Colegio de México, 1981. pp. 491-492.

se reorganizaron varios aspectos político-administrativos, incluso en la vestimenta militar.

En lo que corresponde a las reformas militares, se pretendió crear conciencia y fortalecer la lealtad hacia la Corona, teniendo en cuenta los prejuicios de las elites peninsulares con respecto a los grupos sociales que formaban la sociedad americana, pues se consideraba que los criollos no tenían el mismo nivel de lealtad a la Corona que los españoles. Así lo describe la literatura de la época Joaquín Granados y Gálvez en *Tardes americanas* expone la falta de disciplina militar de los criollos, pero reconoce su talento en las artes y las ciencias:

Fáltóles (es muy cierto) el arte Militar; pero les sobran impertérritos alientos para respirar amor, fidelidad, y cultos en favor de la Fe, del Rey, y de la Patria. Fáltales disciplina; pero les sobra ingenio, viveza, y disposición, para suplir con la habilidad las varias operaciones de la Milicia; de manera, que en lo mismo que notan a mis Compatriotas, encuentro yo la justicia y recomendación de sus méritos. Aquellos Patricios a cuyo cargo está la defensa de los Pueblos de sus Provincias, gozan las inmunidades, fueros, prerrogativas, honor, y distinciones, que aquellos que entre los enemigos se ofrecen sangrientas víctimas a la pólvora, al plomo, y al cuchillo.²

La mencionada Compañía de Voluntarios de Cataluña fue uno de los cuerpos que se crearon durante el régimen Borbón y fue destinado a los territorios de ultramar, concretamente a la Nueva España. Al principio se habló de ser una milicia que mantenía el prestigio, la voluntad y la disciplina del soldado europeo. Este cuerpo fue formado en Barcelona en 1767, bajo las órdenes de oficiales catalanes que integraban las compañías de infantería ligera. Zarparon del puerto de Cádiz rumbo a América al mando del capitán Agustín Callis. Originalmente estuvo destinada a La Habana, pero sirvió en la Nueva España,³ donde arribó en agosto de 1767 al puerto de Veracruz. La integraban 160 hombres naturales de Cataluña.

2. Joaquín Granados y Gálvez. *Tardes americanas: gobierno gentil y católico: breve y particular noticia de toda la historia indiana: sucesos, casos de la Gran Nación Tolteca a esta tierra de Anáhuac, hasta los presentes tiempos*. Edición electrónica en: Biblioteca Cervantes Virtual <http://www.cervantesvirtual.com/>

3 Carlos López Urrutia. "El Ejército Real de California". Edición electrónica en <http://www.armada15001900.net/>

El número de catalanes que arribó a la América virreinal no fue elevado, pues la regulación del ingreso al Nuevo Mundo por parte del reino de Castilla no permitió oficialmente que los súbditos de Aragón y de otros reinos europeos ingresaran a los territorios americanos en un primer momento; por otro lado, debe mencionarse que la población catalana durante los siglos XVI al XVII experimentó una caída estrepitosa. Fue durante la dinastía Borbón cuando aumentó de manera evidente la presencia catalana en América en los ámbitos del comercio y la milicia.

Para entender la presencia militar de los catalanes en América merece la pena mencionar que la militarización de Cataluña durante el siglo XVIII se debió, primero a un castigo y, posteriormente, a una estrategia militar basada en una posible invasión militar por parte de Francia, por lo que fue necesario fortalecer las fronteras. Historiadores como Felipe Vicente Algueró aseguran que el ejército se usaba como fuerza policiaco-represiva sobre la población catalana. También afirma que las obras construidas por los ingenieros militares fueron utilizadas por los civiles. Algueró resalta el papel del ejército en el proceso de adaptación de Cataluña a las políticas borbónicas que se aplicaron en todos los territorios de la monarquía.⁴

El capitán general, marqués de la Mina, tuvo una sabia actuación en Cataluña, y fue durante su gobierno cuando más se avanzó en la organización militar para conseguir un paulatino apaciguamiento de la población frente a las nuevas políticas centralizadoras de España. En esta época se construyeron castillos y grandes y medianas fortificaciones que sirvieron de baluartes, al igual que cuarteles y pabellones para resolver el problema del alojamiento de los ejércitos.

De Barcelona salieron grandes ingenieros militares como, por ejemplo, Miguel Constanzó, quien realizó obras importantes en la Nueva España. También debe mencionarse a Juan Cermeño, encargado de hacer un proyecto de reconocimiento y fortificación de la frontera con Francia. El alojamiento de los oficiales

4. Felipe de J. Vicente Algueró. "La situación militar de Cataluña a mediados del siglo XVIII". *Revista de Historia Militar*. Servicio Histórico Militar, núm. 63. 1987, pp. 103-104.

constituyó un grave problema, puesto que era una carga que sufría la población, la que además tenía que pagar un impuesto para el suministro básico de la tropa, es decir, abastecerla de camas, luz, leña y paja. Estos problemas se resolvieron con la construcción de cuarteles en puntos estratégicos de Cataluña.⁵

Los Voluntarios de Cataluña tuvieron sus antecedentes directos en los *Miquelets* en catalán, o Migueletes en castellano. También se conocieron como Fusileros de Montaña y, al parecer, conservaron el primer nombre durante mucho tiempo. Los Fusileros de Montaña o Migueletes se reclutaban en el mundo de los desempleados o de los mismos jornaleros, y muchas veces actuaron como bandoleros en la zona pirenaica de Cataluña; fueron muy temidos y la historiografía francesa los definió en un diccionario de 1771 como brutos, pérfidos, crueles, “sin más razón que los osos”. También los describen con las armas que portaban: puñales, carabinas y “una pistolita colgada de un cinturón”.⁶

En 1761 se formó también una compañía de fusileros para La Florida. En este año y el siguiente se reclutaron en Cataluña otros dos batallones de fusileros con destino a Portugal, y en 1766 se integró otra compañía para La Habana. La afluencia de voluntarios en los años de 1761 a 1762 se explica por la contracción económica que aumentó considerablemente el desempleo.

En cuanto al ejército de América, Cataluña no fue la que aportó más oficiales, como Castilla y Andalucía. Pero sí podemos decir que la contribución de Cataluña consistió más bien en las actividades que desempeñaron las academias militares de Barcelona, las cuales formaron peritos en artillería y fortificaciones, aplicadas a puertos y puntos estratégicos del territorio americano, y, por otra parte, al envío de catalanes a Cuba, Florida y a las Provincias Internas de la Nueva España, a través de la Compañía de Voluntarios de Cataluña.

5. *Ibid.*, pp.115-117.

6. Nuria Sales de Bohigas. *Senyors bandolers, miquelets i botiflers. Estudis sobre la Catalunya dels segles XVI al XVIII*. Barcelona: Empúreis, 1984. pp. 105-113.

Este cuerpo desempeñó un papel importante en los territorios novohispanos del norte como por ejemplo:

1. En la organización militar de un ejército regular para combatir a unas numerosas partidas de indios que no seguían ninguna estrategia militar ni se sometían a ninguno de los criterios tradicionales de las batallas y combates en tierras europeas.
2. En la utilización de fuerzas y armas que podían demostrarse absolutamente inútiles contra las que manejaban los indios.
3. En la acción de unos terrenos fieros, desérticos, inmensos, donde las condiciones del país podían también sobrepasar las posibilidades previstas y la capacidad operativa de aquellas unidades, que hasta el momento habían luchado en unas condiciones completamente diferentes.⁷

Ya en la Nueva España fue dividida en dos, por órdenes del virrey Marqués de Croix. Habiendo arribado a Tepic en octubre de 1767, cerca de la costa del Pacífico, la primera de las compañías fue destinada a la expedición de la Alta California, mientras que la segunda sirvió en los territorios de las Provincias Internas. Sin embargo, pocos años después, en la revista pasada en 1773 por Pascual de Cisneros, se puso de manifiesto la falta de armamento en la tropa. El virrey Bucareli destinó una partida de presupuesto para la compostura de las armas. Uno de los capitanes de la Compañía de Voluntarios de Cataluña, Antonio Pol, aseguró que el mal estado de la compañía era porque estaba integrada por individuos viejos y achacosos que no servían para el servicio de las armas, y pidió que se licenciaran y se sustituyeran por soldados jóvenes.⁸ Se hizo énfasis en lo importante que era el hecho de que los reclutas fuesen catalanes o europeos, pero nunca nativos de América.⁹ Esta situación continuó en los años siguientes según las revistas pasadas por los diferentes mandos militares del virreinato.

7. F. Boneu Companys. *Pere Fages. Un català molt singular a Califòrnia*. Lleida: 1991, pp. 37-38.

8. Comienzan los problemas técnicos y de composición de los cuerpos peninsulares, los cuales deberían estar en excelentes condiciones para lograr los objetivos deseados por la Corona. A pesar de ser peninsulares no contaban con un buen estado armamentístico.

9. María del Carmen Velázquez. *El Estado de Guerra en Nueva España*. México: El Colegio de México, 1997. pp. 106-107.

Sin duda hubo críticas y oposición hacia las reformas borbónicas y las milicias que vinieron de Europa, como la mencionada Compañía de Voluntarios de Cataluña. El historiador Felipe Castro recoge una interesante apreciación de un libelista anónimo en tiempos de su llegada:

Los migueletes, a su entrada, profesaban no hacer de bueno nada, y en libertad que dieron de conciencia, malo fue cuanto hicieron de experiencia: las mujeres, los juegos, las bebidas, pagaban con bravatas, con heridas, y aunque a vista de todos se paseaban, los jueces sus excesos toleraban, [...] No quedó pícaro de marca entera a quien en tal facción no se admitiera; y aun parece, según se vio patente, que de éstos se buscaban solamente.¹⁰

Esta burla que reflejó el comportamiento de la Compañía en Nueva España contrasta con lo que registra la historiografía francesa en cuanto a su fiereza y su descripción como desalmados; en cambio, el papel que desempeñaron en Nueva España se distanció mucho de lo que fue en sus inicios y a lo largo de su historia en Europa.

En los años siguientes, el virrey Revillagigedo ordenó que varias compañías, entre ellas la de Voluntarios de Cataluña, regresaran al centro del virreinato. La Primera, después de la expedición en California, se destinó a Nutka, puerto amenazado por los rusos, en el actual territorio de Canadá; mientras que la Segunda, destacada en las Provincias Internas, fue trasladada a Guanajuato para proteger a la ciudad de los motines que venían dándose a raíz de la expulsión de los jesuitas en 1767 y ante el temor de que se produjeran más en los siguientes años.

Con estos destacamentos ubicados en diferentes partes del virreinato se pretendió reforzar la seguridad de las rutas comerciales, o al menos fue lo que se buscaba. El virrey Revillagigedo explicó que la Segunda Compañía desde su creación había permanecido en las Provincias Internas hasta que ordenó su cambio a Guanajuato. Aquí fue sostenida

10. Felipe Castro. *Nueva Ley y Nuevo Rey. Reformas borbónicas y rebelión popular en Nueva España*. México: El Colegio de Michoacán-UNAM, 1996. pp.99-100.

11. Ernesto de la Torre Villar (coord.). *Instrucciones y memorias de los virreyes novohispanos*. México: Porrúa, 1991, v. 2, p. 1128.

con los arbitrios de las milicias y permaneció hasta que las circunstancias de guerra la obligaron a trasladarse a Perote, Veracruz.¹¹

En cuanto a la Primera Compañía cabe recordar que tuvo un papel muy destacado en la exploración y colonización de la Alta California, empresa en la que sobresalieron personajes como Pedro Fages, teniente de la compañía, quien se relacionó con los padres Juan Crespí y Junípero Serra; el capitán Pedro Alberni se convirtió en uno de los primeros exploradores en llegar hasta el actual Vancouver; Gaspar de Portolà es considerado como uno de los principales colonizadores de la Alta California.

Durante décadas la Segunda Compañía permaneció en las Provincias Internas y no se movió prácticamente hasta que se destinó a Guanajuato. La Primera recibió órdenes de trasladarse a Guadalajara. El papel que desempeñó la Segunda en esa ciudad minera consistió principalmente en vigilar a las élites porque se oponían a la presencia de milicias externas, es decir, peninsulares, pues preferían mantener la milicia urbana conocida como Legión del Príncipe, formada por vecinos de la localidad; de esta manera este cuerpo militar estuvo más cerca de los intereses de las élites locales que de la Corona.

Cabe añadir que el papel que desempeñaron los Voluntarios de Cataluña no fue de suma importancia durante los años que permaneció en la Nueva España, salvo la labor que desempeñó la Primera en la Alta California. Cuando estuvo en los últimos años del siglo XVIII en Perote tuvo muchos problemas como las muertes, las deserciones, las plazas vacantes, el envejecimiento de los soldados y el del armamento deficiente, el cual muchas veces llegaba así desde España, lo que le quitaba efectividad a sus actividades.

La Segunda Compañía de Voluntarios de Cataluña y la guerra de independencia.

No hay registros sobre la participación activa de este cuerpo durante la guerra de independencia. Se tiene documentado que en los inicios del siglo XIX la Segunda Compañía de Voluntarios de Cataluña se encontraba en muy malas condiciones, las cuales fueron descritas por el virrey Félix Berenguer de Marquina (1800-1803), quien en sus cartas 154 y 228 de su correspondencia mencionó:

[154]...y la segunda en el fuerte de San Carlos de Perote, con tan poca gente, como que para completarla he tenido que destinarle, por el término de un año, treinta y cinco hombres sacados de cinco regimientos provinciales.

[228] Los fondos de los cuerpos veteranos de infantería, incluso los de las dos compañías de voluntarios de Cataluña, se hallan generalmente en mal estado; la mortalidad que sufren en Veracruz, y la desertión a que propenden estos soldados, son las verdaderas causas de que estén arruinados dichos fondos, especialmente los de gratificación de plazas...¹²

A partir de este momento los registros que se tienen sobre la Segunda Compañía son de decesos, vacantes y licencias, vacíos que cubrieron con gente que había cometido algún delito o como castigo que se impuso a los milicianos. De igual manera, teniendo en cuenta los antecedentes de algunos de los integrantes no es raro encontrar registros de sanciones por robo e indisciplina entre la tropa. Por ejemplo, uno de los integrantes de dicho cuerpo, *un cabo disperso* de nombre José Castro, desertó para unirse a los insurgentes al mando de José María Morelos, quienes le reconocieron el grado de capitán. Este desertor de la Segunda Compañía de Voluntarios de Cataluña había servido en ella antes de que se trasladara de las Provincias Internas a Guanajuato en el año de 1792. A causa de esta desertión y cambio de bando fue sometido

12. *Ibid.*, p. 1407 y 1420.

13. AGN. *Real Audiencia. Infidencias.*
vol. 66, exp. 1, f. 41.

a Consejo de Guerra, el cual lo condenó a muerte. Su cabeza fue colocada en una jaula y expuesta en público en el pueblo de Las Vigas en el año de 1812.¹³

Los problemas de la desertión no fueron exclusivos de esta milicia de voluntarios catalanes, ya que la defección la podemos encontrar en todos los grupos militares en general. En los años de la guerra de independencia los desajustes en la tropa estuvieron a la orden del día. Otros de los factores que determinaron el paso de los integrantes de la Compañía de Voluntarios de Cataluña a las filas de los insurgentes fue la búsqueda de ascenso social y la obtención de prestigio en una sociedad que se articulaba a través de los privilegios de sus pobladores, por lo que no es extraño encontrar muchos casos de abandono de las fuerzas realistas.

Se tuvo en cuenta el problema de los intereses de las elites criollas y sus milicias urbanas desde años anteriores al primer levantamiento insurgente. Pedro Gorostiza, subinspector general del ejército y mano derecha del virrey Revillagigedo, intentó neutralizar y al mismo tiempo vigilar el poder de las elites, como fue el caso de Guanajuato, a donde envió a la Compañía de Voluntarios de Cataluña, para desaparecer a la milicia urbana conocida como la Legión o Batallón del Príncipe. Pero en cuanto se marchó de esta ciudad se volvió a formar la milicia urbana mencionada, la cual, años más tarde, también se incorporó a la insurgencia.

Sin embargo, es importante destacar que el ejército fue una institución que se utilizó como medio para lograr el ascenso social, puesto que el ser integrante de un cuerpo militar dotaba de prestigio al soldado, y dentro de la milicia podía convertirse en un oficial o caudillo con mucha influencia.

Cabe señalar que a finales del siglo XVIII fracasó el proyecto de la Corona de formar ejércitos modelos que salvaguardaran los intereses de la monarquía. Este fracaso se puede atribuir a la exclusión de los grupos sociales que no eran peninsulares, lo que a la larga se

convirtió en un factor de debilitamiento del poder y del predominio de los intereses privados sobre los de la Corona.

A pesar de los esfuerzos para evitarlo, el ejército se nutrió de la población local que buscó la inmunidad castrense, el prestigio y el ascenso en la escala social. La parte que se incorporó a la insurgencia se explica por la falta de fidelidad a la Corona, en parte debido a intereses políticos, pero también a la ausencia de una conciencia bélica y de un “espíritu militar” que llevara a crear un sentimiento de lealtad. Además, uno de los factores importantes que influyó para que no existiera una adhesión firme fue la ausencia de grandes guerras en los territorios novohispanos, como sí sucedió en la península ibérica o en otras regiones europeas. Hay que tener en cuenta que las milicias que participaron en la lucha por la independencia se encontraron con el problema de la falta de experiencia militar, como se pudo observar en las batallas que sostuvieron los oficiales peninsulares con Miguel Hidalgo o José María Morelos.

Por último hay que agregar que para 1800 la Compañía contaba únicamente con 72 soldados y tres oficiales: el coronel Alberni; el teniente José Font, establecido en San Diego; y el alférez Simón Suárez, en Monterey. Font recibió órdenes de trasladarse al puerto de San Blas y luego a Guadalajara; en esta ciudad se encontraba la Primera Compañía cuando estalló la rebelión de Hidalgo. Como ocurrió con otros destacamentos militares de origen español, esta unidad desapareció como cuerpo independiente al ser incorporada a otra más numerosa. Este no fue el caso de la Segunda, la cual combatió a los insurgentes hasta el final de la guerra.¹⁴

14. Carlos López Urrutia. “Los voluntarios de Cataluña en California (1768-1803)”. Cléber Alfonso Chávez Marín (coord.). *Estudios Militares III*. Guadalajara: UNIVA, 2007, pp. 140-141.

Próximo número

ESTUDIOS JALISCIENSES

75

Introducción

José Gutiérrez Pérez

Arturo Curiel Ballesteros

Los recursos naturales de Jalisco: riqueza vulnerable

Jalisco es la síntesis de México al presentar una muestra muy representativa de la riqueza de recursos como agua, suelo, clima, paisajes y recursos genéticos; pero esta fortuna ha sido muy vulnerable a la degradación y contaminación que en los últimos cien años a deteriorando de forma significativa los servicios de los ecosistemas para el bienestar humano, colocando a los jaliscienses ante el reto de trascender los problemas que originan la pérdida a la accesibilidad a los recursos naturales.

Palabras Clave: Vulnerabilidad, Servicios de los ecosistemas, Bienestar humano.

Beatriz Núñez Miranda

Dolores Álvarez Contreras

El desarrollo sustentable y los nuevos esquemas habitacionales

Este trabajo pretende dar cuenta de la cuestionable sustentabilidad que tienen los grandes desarrollos habitacionales, regularmente son edificados en espacios alejados del tejido urbano, sin prestar atención al entorno, a los servicios y al lugar de empleo se sus habitantes. Tales características formales inciden en detrimento de la calidad de vida de sus pobladores, pues fomentan una marcada marginación urbana y una precaria cohesión social.

Palabras clave: Sustentabilidad, Desarrollos habitacionales, Calidad de vida.

María Guadalupe Garibay Chávez

Riesgos en la Zona Metropolitana de Guadalajara: limitantes para el desarrollo sustentable

La Zona Metropolitana de Guadalajara (ZMG) presenta altos niveles de riesgo originados por amenazas naturales y antrópicas y condiciones de vulnerabilidad social, que son la causa de desastres y un obstáculo para el desarrollo sustentable. Se analizan algunas amenazas prioritarias y condiciones de vulnerabilidad social concluyendo con algunas propuestas de criterios para reducir el riesgo a desastre.

Palabras Clave: Riesgo, Amenaza, Vulnerabilidad, Desastres, Resiliencia social, Desarrollo sustentable.

Martha Georgina Orozco Medina

Retos ambientales y de salud en la producción de alimentos

Este artículo analiza y discute algunos datos de valor histórico, sociocultural y ambiental de los alimentos en Jalisco. Reflexiona sobre el reto de la producción, transformación y consumo de alimentos, desde la dimensión ambiental y de salud, a través de la propuesta de escenarios, bajo un contexto de sustentabilidad.

Palabras Clave: Producción de alimentos, Sustentabilidad, Salud ambiental.